

Dolores Castro:
Crece entre ruinas

Leer para pensar en grande

COLECCIÓN LETRAS



ensayo

MARIANA BERNÁRDEZ

DOLORES CASTRO:
Crecer entre ruinas





GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO

Eruviel Ávila Villegas
Gobernador Constitucional

Simón Iván Villar Martínez
Secretario de Educación

Consejo Editorial: José Sergio Manzur Quiroga, Simón Iván Villar Martínez,
Joaquín Castillo Torres, Eduardo Gasca Pliego, Raúl Vargas Herrera

Comité Técnico: Alfonso Sánchez Arteché, Félix Suárez, Marco Aurelio Chávez Maya

Secretario Técnico: Ismael Ordóñez Mancilla

Dolores Castro: crecer entre ruinas

© Primera edición. Secretaría de Educación del Gobierno del Estado de México. 2015

DR © Gobierno del Estado de México
Palacio del Poder Ejecutivo
Lerdo poniente núm. 300,
colonia Centro, C.P. 50000,
Toluca de Lerdo, Estado de México

DR © Universidad Autónoma Metropolitana
Prolongación Canal de Miramontes núm. 3885,
Ex Hacienda San Juan de Dios, C. P. 14387
Delegación Tlalpan, México, D. F.

DR © Ediciones del Lirio, SA de CV
Azucenas núm. 10,
colonia San Juan Xalpa, C.P. 09850,
Delegación Iztapalapa, México, D. F.

© Mariana Bernárdez

ISBN: 978-607-495-410-4

ISBN (UAM): 978-607-28-0462-3

ISBN (Ediciones del Lirio): 978-607-8446-01-8

Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

www.edomex.gob.mx/consejoeditorial

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal

CE: 205/01/71/15

Impreso en México

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización previa del Gobierno del Estado de México, a través del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal.



Casa abierta al tiempo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA

Salvador Vega y León
Rector General

Norberto Manjarrez Álvarez
Secretario General

Walterio Francisco Beller Taboada
Coordinador General de Difusión

Bernardo Ruiz
Director de Publicaciones y Promoción Editorial

Paola Castillo
Subdirectora de Publicaciones

Marco Moctezuma
Subdirector de Distribución y Promoción Editorial



Gustavo Peñalosa
Director General

Rubén Mendieta
Coordinador de Publicaciones

Carlos Pineda
Director Editorial

Patricia Reyes
Unidad de Diseño

Índice

11 A MANERA DE EXCUSA

ENTREVISTAS

15 La sencillez y las velas

31 Acerca de la cultura

41 A tantas voces de viento

51 Pensar un poema

TEXTOS DE HOMENAJE

57 Algunas notas sobre la poesía de Dolores Castro

67 Tres calas sobre Dolores Castro

RESEÑAS

91 De Viento quebrado

97 Algo le duele al aire, Dolores Castro

105 Dolores, querida Dolores, Lolita

CORRESPONDENCIA

111 Cartas y poemas

CELEBRAR LA VIDA

123 Celebrando 90 años

A MANERA DE EXCUSA

Han pasado más de veinte años..., me congratulo y puedo decirlo, hace más de veinte años que la conocí, en una oficina gubernamental, un viernes, al caer de la tarde. Inolvidable. Lo más sorprendente ha sido reunir el material que doy a leer, y donde he buscado afirmar esa luminosidad que es Dolores Castro en mí, a otros.

El lector se encontrará en un primer apartado con cuatro entrevistas; luego con textos escritos con motivo de sus homenajes; después abordo lo que llamo reseña, que no crítica literaria, para mostrar finalmente unos poemas dados con una enorme generosidad.

Un último apartado, quizá el más sorprendente: unas cuartillas escritas por su hijo Gustavo para el homenaje celebrado en Tuxtla Gutiérrez durante la Tercera Feria del Libro 2014. Sorpresivo, porque Gustavo ha mantenido su escritura apartada del posible lector, en defensa de una interioridad que a veces alcanza el gesto del anacoreta.

Un material con esa sinuosidad quizá debería permanecer resguardado en mis propios archivos. La pregunta implícita es si ese diálogo y coautoría tienen que ser medidos en términos de su relevancia o veracidad discursiva. La cuestión es que mi poco o buen entender no quiere sujetarse a ese devaneo. Enaltezco el saber de experiencia por encima del juicio que pretende exterminar con su espada flamígera la duda y la sospecha, y hago morada ahí

donde el argumento es ventanal hacia el horizonte. Y es bajo este temblor que ofrezco mi andar por la vida acompañada de Dolores y su poesía.

Entrevistas

La sencillez y las velas¹

Quien ha vivido en Zacatecas no lo olvida. La vida en ella es difícil por el clima. El paisaje demasiado árido ni siquiera ofrece posibilidad de vida para las plantas. Hay tantas amenazas en el clima, el suelo, la vegetación tan poco pródiga que se fortifica la necesidad de concebir la vida como una lucha constante y así la voluntad logra una mayor reciedumbre.

En mi vida hay dos raíces muy importantes. Por una parte la familia campesina de mi mamá, proveniente de Calera, un pueblito de Zacatecas cerca del aeropuerto. Como su nombre lo indica, es una población de la que sacan la cal, su paisaje está poblado de nopales y de suelo sin ningún cultivo aunque hay una cuenca donde sí lo hay: maíz, frijol y últimamente vid. Cuando era chica pasaba mis vacaciones en el rancho pequeño de mi abuelo, ahí solía medir mi estatura con las cañas de maíz más altas que yo. En mi primera infancia tuve la experiencia de vivir en el campo y luego en la ciudad de Zacatecas, en casa de mi abuela.

Zacatecas estaba casi destruida por dos de los combates más sangrientos de la Revolución Mexicana. Crecer entre ruinas tiene un impacto muy grande, no me explicaba qué era lo que había sucedido. Lo poco que quedaba era la Catedral, la Plaza de Armas y nada

¹ Publicada por primera vez en *Periódico de Poesía*, nueva época, núm. 15, otoño de 1996, pp. 10-17. Posteriormente incluida en el libro *Dolores Castro. Qué es lo vivido. Obra poética*. México, Benemérita Universidad de Puebla, Ediciones del Lirio y Universidad de Zacatecas, pp. 319-331.

más allá de casa de mi abuela, justo antes de la estación de ferrocarril. Se hablaba mucho de la Revolución, del hambre que se había padecido, de los muertos. Yo sentía que eso estaba muy lejano, lo cual no era tan cierto porque nació en 1923. La Revolución en la etapa armada había casi terminado en 1921, pero todavía coexistían en la república varios grupos rebeldes que estaban hacia el norte en Chihuahua y Durango. Además de las ruinas, había una gran violencia porque hubo grupos muy importantes de cristeros. Me di cuenta de la magnitud de esta violencia por diversos episodios. Recuerdo el del hijo del doctor más apreciado, que lo apresaron en una forma totalmente ilegal cuando estaba platicando por la reja con su novia. Se lo llevaron y no apareció en tres días. Toda la población estaba indignada y al cuarto día encontraron su cadáver en uno de los cerros vecinos.

Por parte paterna había una tradición de cultura que influyó poderosamente en mí. Tanto mi padre como mi abuelo y mi bisabuelo tuvieron bibliotecas grandes y ricas, no sólo en literatura sino en química y biología, esta última muy importante durante la época de mi abuelo y mi bisabuelo. Mi padre fue químico, biólogo, con estudios en mineralogía y abogado. Esta biblioteca se enriqueció durante tres generaciones, tanto mi abuelo como mi bisabuelo, habían sido directores del Instituto de Ciencias y Artes. La verdad es que con la Revolución se perdieron muchas cosas, entre otras, los libros.

Tanto para mí como para mis papás fue muy violenta la separación de Zacatecas. El cambio a la ciudad de México al principio fue muy fuerte porque llegamos a vivir a la colonia Guerrero. La mirada siempre era detenida por una construcción, pero no estuvimos ni siquiera el año completo; nos cambiamos a las Lomas de Chapultepec, que tenía campos enteros de girasoles. Cuando regresaba de la escuela, si había llovido y como el terreno era siempre muy desigual, me ponía en contra de la corriente del agua

para bañarme toda. Desde ahí la ciudad se veía muy pequeña, mi abuela decía: “Pensar que me trajeron aquí, dizque a la ciudad de México, y lo que veo es puro caliche”. Después nos mudamos a la Chapultepec-Morelos, una colonia poco poblada, mas al acabarse el agua nos mudamos a la colonia del Valle, en la calle de Providencia. Era ya más experiencia de la ciudad. Recuerdo que una vez en la iglesia, una de mis amigas que estaba rezando se dio cuenta de pronto que una cabra le estaba comiendo el vestido.

A pesar de que mi papá llegó como juez en Coyoacán y luego se fue a trabajar como abogado a la Secretaría de Hacienda, en Palacio Nacional, para un provinciano vivir en la ciudad de México era empezar desde cero. Pero no creo que mi papá haya sentido tanto el cambio porque se pasaba la vida leyendo. Cuando llegamos tendría cerca de cincuenta años y se metió inmediatamente a clases de alemán, idioma que conocía desde niño. Leía y leía, eso me hizo considerar que a veces la lectura es más importante que la vida misma.

Tomaba un tranvía que se llamaba *Primavera* para irse a su trabajo. Durante el trayecto, que duraba aproximadamente una hora, leía. Regresaba a comer a la casa siempre puntual, dormía quince minutos, y volvía a trabajar en la tarde, llevando su libro. Leía todo lo que estaba a su alcance, incluso la enciclopedia. Era de pocas palabras, pero cuando hablaba siempre decía algo importante. Venía de una tradición de liberales que creían más en la libertad que en la economía. Mientras mi papá era un ejemplo para la cultura y en gran parte para la vida, mi mamá tenía una voluntad de hierro, amaba la libertad. Siempre la recuerdo diciendo: “¡Ay, amada libertad, que hasta pintada es bonita!”. Creo que por ese amor a la libertad nos facilitó el camino para que todas estudiáramos; ella me apoyó cuando fui a estudiar a España.

Mascarones

Desde niña tenía el impulso de expresarme. En parte era sensibilidad, y en mayor grado cierta capacidad de contemplación. Primero dibujaba, quizá por imitar a mi hermana mayor que tenía mucha facilidad para las artes plásticas, pero esa necesidad mía de expresión, de la cual no tenía mucha conciencia, me llevó a escribir en segundo año de primaria una composición sobre la primavera con la que gané un primer premio. Recuerdo que como mi padre decía que las mujeres éramos cursis, para salvar ese peligro, mis escritos de adolescencia eran en extremo irónicos. El hecho de escribir me hizo decidir el estudiar literatura. Mi papá se rió un poco, después me dijo un día que él creía que iba a hacer puras tonterías y finalmente no había hecho tantas. En esa época si uno hacía algo era como un milagro porque los papás todo el tiempo le decían a uno que no servía para nada.

La de la Facultad de Filosofía y Letras fue una de las épocas más hermosas de mi vida. La experiencia fue definitiva para pasar de lecturas más o menos fragmentarias y no ordenadas a conocer la tradición de la literatura española, la contemporánea y los principales libros de la literatura universal. Mientras, la Facultad de Leyes era un lugar de adiestramiento para bárbaros, porque todo el tiempo estaban tirando cohetes, golpeándose en el patio principal, se tiraban unos a otros, se pisoteaban, y uno ahí en un rincón verdaderamente asustado; la de Filosofía y Letras, como tenía una población femenina mayoritaria, era más civilizada.

El edificio de Mascarones era precioso. En el patio principal se podía conversar mientras uno caminaba en derredor con destino final en el café, un lugar donde se aprendía muchísimo, más que en las aulas... Aunque en las aulas también se aprendía porque tuvimos buenos maestros: Agustín Yáñez, Julio Torri, Amancio Bolaños e Islas, entre otros. Había más maestros refugiados españoles en

filosofía que en literatura, pero a veces me metía de oyente. Ahí estaba Gaos, por ejemplo. Otro refugiado que tuvo mucha influencia fue Manuel Pedroso, especialista en derecho internacional y en teoría general del Estado, que además recitaba a Rilke en alemán y lo traducía al español. Tenía una biblioteca muy bonita. Varias veces fui a su casa, y él fue de los primeros en leer mis poemas.

En filosofía desde luego estaba Rosario Castellanos, que llegó a la universidad con un promedio de diez y se postuló para ser la representante de la sociedad de alumnos. Aunque estudiaba filosofía siempre estaba en el café y con un grupo que no sólo hizo que nos interesáramos por la literatura que se estaba escribiendo en ese momento, sino también por la política de América Latina y de España. Los que nos reuníamos con mayor frecuencia éramos Ernesto Cardenal, Ernesto Mejía Sánchez, Manuel Durán Gili (también refugiado), Tito Monterroso, Otto Raúl González y Carlos Illescas. Este primer grupo tenía la experiencia de la Guerra Civil Española o la de haber derrocado al dictador guatemalteco, y como que ya se estaba gestando la revolución nicaragüense. Después vino otra generación en la que estaban Jaime Sabines, Fernando Salmerón, Luis Villoro, Sergio Galindo, Emilio Carballido, Luisa Josefina Hernández y Sergio Magaña. Ellos completaron una visión de México y de la provincia. De aquella época en el café también recuerdo a Ninfa Santos, quien además de ser una lectora ávida, nos prestaba libros, al igual que Monterroso y Cardenal. Mejía era un crítico agudo y estudioso, además de ser muy inteligente.

Fueron años formativos, de conocer a mucha gente, y de escribir con mayor responsabilidad. Empezamos a publicar sobre todo en la revista *América*, de la Secretaría de Educación Pública, que dirigían Efrén Hernández y Marco Antonio Millán. En ese sentido también fue una etapa de plenitud. La primera separata que se publicó fue la mía, *El corazón transfigurado*, mi primer libro.

Rosario, España y yo

Después de esta etapa en la Facultad, tanto Rosario como yo considerábamos que teníamos una obligación muy grande porque queríamos escribir. Educadas en una cultura europea, aunque ya arraigada en México, ignorábamos cómo era una catedral gótica o románica, cómo era la pintura vista de cerca de Miguel Ángel y de los clásicos hasta los modernos... Queríamos saber. Ese viaje a España que iba a durar un año, de jóvenes de familias muy estrictas, fue planeado como aprendizaje: pretendíamos abrirnos a lo desconocido y no con muchas armas. Creo que logramos este objetivo, empezando por Rosario, ya que el antecedente del viaje fue renunciar en ese momento a su casamiento con Ricardo Guerra. Para mí fue irme contra la voluntad de mi padre y con la responsabilidad de aprender todo lo que pudiera puesto que le había dado ese disgusto.

El viaje en barco duró un mes. Zarpamos desde Veracruz para desembarcar en Barcelona, tocando La Guaira, Cartagena, Tenerife y otros puntos intermedios. Como el barco era de carga y pasajeros, tardaba hasta un día para volver a zarpar. Llegamos a Madrid a una residencia de señoritas donde vivíamos francesas, mexicanas y españolas del régimen franquista. A éstas les teníamos terror porque no podíamos estar de acuerdo con muchas de las cosas que hacían o decían; luego llegamos a apreciarlas como personas, no como franquistas. Estudié historia del arte y estilística, y Rosario tomó cursos de filosofía y también estilística. En las vacaciones conocimos París, Roma, el sur de España y parte del norte.

Terminado el ciclo escolar regresamos a París y a Roma. A través de Enriqueta Ochoa recibimos la invitación de Gabriela Mistral de encontrarla en Rapallo. Cuando llegamos ya no estaba, así que viajamos a Nápoles pasando unos días en una residencia de monjas. En vista de que sólo comíamos espagueti, Gabriela nos invitó

a su casa. Viajamos en automóvil con su secretaria, Doris Dana, con destino a Roma, por lo que pudimos conocer Florencia y Asís. Luego fuimos a Venecia, atravesamos Francia, pasando por Suiza, hasta llegar a Austria, donde a través de la embajada nos informaron que el barco que nos llevaría a Nueva York y que salía desde Holanda tardaría un mes en zarpar. Estuvimos en Austria en una residencia de estudiantes pobres donde ni sábanas teníamos y con el miedo de que nos fueran a abrir la puerta. El viaje de regreso duró siete días y fue tremendo porque hubo una tormenta espantosa.

En Nueva York estuvimos un mes con los recursos muy exigüos. Conocimos Harlem a pesar de que nos habían dicho que era muy peligroso. Regresamos a Monterrey en un viaje de una sola tirada en Greyhound. Durante el viaje tuvimos discusiones violentas, reconciliaciones, hubo de todo. Nunca estábamos de acuerdo. Ella decía que había que sacrificar todo a la vocación y yo le contestaba que para mí la vida era muy importante. De hecho yo era muy alborotada, me gustaba bailar y conocer. Los amores eran muchos a veces, pero en gran parte eran producto de la imaginación. Después no. Cuando encontré a Javier fue otra cosa.

México y el grupo de los ocho

Lo primero que pensé es que tenía que trabajar. En España había visto que a veces hasta se triplicaban turnos, como sucede ahora en México. Entré como correctora de estilo en la Editorial Novaro y en una estación de radio, Radio Femenina. Ahí era la única escritora, igual hacía textos literarios, recetas de cocina o publicidad. Rosario estuvo como un mes en mi casa, pero decidió regresar a Chiapas porque no quiso casarse con Ricardo Guerra. Lo que pasamos de hambres y de fatiga en ese viaje de aprendizaje, y el haber sufrido de niña paludismo, dio como resultado que Rosario enfermara de

tuberculosis, por lo que regresó a la ciudad de México. Se internó en un hospital cerca del Panteón Jardín. La visitaba casi todos los días; permaneció ahí varios meses. Cuando la dieron de alta vivió una temporada en un departamentito que estaba al fondo de la casa de un tío suyo.

Conoció por esa época a Alejandro Avilés, que realizaba en *El Universal* una página literaria que se llamaba “Poetas mayores”, en la cual apareció la entrevista con Rosario, Javier Peñalosa y los otros seis poetas que formamos “el grupo de los ocho”. Menciono esto porque en la segunda o tercera reunión con ellos conocí a Javier. Desde el primer momento me impresionó; esa noche no dejamos de reír ni un instante. Los demás eran Alejandro Avilés, Octavio Novaro (con el que trabajaba en la editorial), Efrén Hernández (por *América*), Honorato Ignacio Magaloni (por su revista *Poesía de América*) y Roberto Cabral del Hoyo, zacatecano. Desde esa fecha en adelante nos reunimos cada ocho días. Alejandro Avilés estaba relacionado con Alfonso Menéndez Plancarte, que dirigía la revista *Ábside* y en una de sus separatas apareció *Ocho poetas mexicanos*.

Después de que murió Javier llegué a trabajar hasta catorce horas y esto hizo que espaciara mis visitas al grupo que había perdido ya a Efrén Hernández, Rosario Castellanos y Honorato Magaloni, además de mi esposo.

La visión del paisaje: de la ruina a las palabras

Cada vez que escribo un poema me enfrento al problema de cómo vivir la vida. Si uno se pregunta quién soy, de dónde vengo, qué hago, hacia dónde voy, y no resuelve esas cuestiones, no se sigue adelante. El poema es dintel. Eso fue lo que me sucedió al escribir *El corazón transfigurado* (1949). Luego me pareció que había sido muy soberbia al querer resolver tanto en un solo poema y sentía

que a veces esa cascada de imágenes hasta se atropellaba... Al terminarlo suspiré aliviada. Desde luego si un defecto tengo es el de no seguir la retórica en una forma fiel y hasta las últimas consecuencias. Al releerlo en las *Obras completas* (1991) me sorprendió observar inquietudes que fui desarrollando a lo largo del tiempo. Después de ese poema, y siempre en un dintel, en vez de ir hacia lo general me lancé a pequeños poemas en un afán menos pretencioso. Por ejemplo, hay un poema de la piedra en el que la juventud vivida con fuego avizora una posible indiferencia ante la vida; y otro del hueso en el que me parecía tan misterioso todo lo que hay en la antesala del nacimiento y la fertilidad.

Hay un cambio de *El corazón transfigurado* a *Siete poemas* (1953) en el que se muestra la relación entre lo que se vive y lo que se escribe. El paisaje está dentro de uno, y se señalan los contrastes entre Zacatecas y las ciudades conocidas. A pesar de que viví la experiencia del mar desde un barco y estuve en Europa, la raíz está en Zacatecas. De ello las comparaciones entre la maternidad y el paisaje porque el lenguaje se adquiere de la madre en los primeros años. Tengo incorrecciones propias de mi habla zacatecana y creo que eso se quedó tan profundamente que muchos episodios de mi infancia no los recuerdo, pero sí soy capaz de recrearlos al escribir, pues los poemas son resultado de una experiencia vital emotiva.

El hilo conductor entre los poemarios es una cosmovisión que se centra en un nudo que se traduce en la antropomorfización del paisaje. En *La tierra está sonando* (1959) se manifiesta su impacto en la visión contemplativa. Así, en un poema que escribí en Chiapas: “Aquí voy por el río, desconocida, larga...”, descubrí el otro paisaje, distinto al de la piedra apagada: la tierra que no da fruto, las ruinas de Zacatecas. Sin embargo, entre estos dos paisajes, el de la piedra y el del río, se da la maternidad. No creo que sea importante para todas las mujeres, y desde luego no la sacralizo, pero para mí fue un momento de la vida necesario porque el amor

desemboca en la creación-fertilidad. Quién sabe si para mis hijos fue bueno tener una madre poeta, pero pude entender muchos aspectos del proceso creativo; y la agonía de Unamuno, no sólo la del cristianismo sino la que se da en el parto, física y anímicamente, es como la remoción de muchísimos sentimientos de muerte y vida. El nacimiento de un hijo no es la continuidad de una madre, eso es una ilusión, pero sí es la continuidad de la vida, una emoción muy fuerte. Cuando alguien me pregunta por qué tuve siete hijos en una situación que no era óptima, contesto que cada uno de ellos fue la afirmación de que la vida es un don extraordinario y digno de ser experimentado.

Se podría hablar de una primera etapa desde *El corazón transfigurado* (1949) hasta *Cantares de vela* (1960), resultado de todo lo vivido, de la transformación propia al entrar en el lenguaje para cobrar conciencia de cómo la metáfora roza lo inexpresable y a la vez ofrece una vía de comunicación. Mi matrimonio, aunque fue hermosísimo, me llevó a muchos límites en los que ya no es posible razonar, ello se vuelve materia poética y es algo que brota de una región que todavía no sabemos cuál es y que Maritain llama “el inconsciente del espíritu o el inconsciente espiritual”. Amar a alguien no es fácil, ser amado tampoco, se siente una gran necesidad de haber sido purísimo desde el nacimiento hasta el momento en que se vive ese amor, los límites en la relación amorosa se van sobrepasando hasta que se llega a un punto donde se cree ya no poder más, pero se brinca. La percepción de la relación amorosa tiene una doble cara: es la experiencia vital que se adquiere dolorosamente, y es la iluminación de la poesía para poder reconocer qué diablos pasa y cómo se puede expresar.

Desde *Cantares de vela* pasaron 17 años para publicar *Soles* (1977). No dejé de escribir, solo que en ese momento era muy difícil publicar y era muy importante vivir. De ese libro tiré muchos poemas, quizá lo que le faltó un poco fue la espontaneidad de

Cantares..., pero refleja el impacto de lo social sobre el individuo. El hombre como animal político, según la definición aristotélica, no puede ser indiferente a lo que ocurre en su alrededor. Baudelaire decía que el poeta podía ser afectado por diferentes temas, pero ante la injusticia nunca sería indiferente. El 68 y la caída de Salvador Allende fueron hechos tremendos tanto para Javier como para mí. Recordé a los campesinos de Calera que miran la mañana con la alegría de los gallos si el sol sale, recordé muchas cosas. La desilusión que sentí ante los intelectuales, aquellos que habían protestado enérgicamente y que ahora olvidaban, me llevó a escribir “Intelectuales, S.A.”. Mi preocupación sobre lo que ocurría en América Latina conforma muchos poemas de ese libro. La última parte se nutre de mis lecturas prehispánicas y sobre libros que expresan su cosmovisión, como es el poema “Soles”.

Vivir el 68 fue espantoso. Ver cómo morían o eran torturados los muchachos con tanta violencia producía indignación y un gran sentido de culpa. ¿Por qué tenían que ser los jóvenes los que afrontaran algo que los mayores no habíamos sido capaces de resolver? Primero a través de *Excélsior* supimos la noticia de la matanza en Tlatelolco, una hora y media después la desmintieron y por televisión el locutor Martínez Carpinteiro relató los hechos y se vieron las imágenes de la matanza, cómo arrebataban a los heridos de las ambulancias y ahí los remataban, el montón de zapatos que la gente dejaba al huir, los muertos, el combate...

Esa noche Javier lloró, lloró junto conmigo. Había sentido que eso no lo iba a soportar su corazón. Desde ahí empezó a estar enfermo, fue horrible. Y nos fuimos a Veracruz. Luego empezaron las persecuciones. Cómo no dolerse ante esa brutalidad, la ruptura de un orden, la injusticia. Hasta al menos sensible le habría afectado, hasta a las piedras. A la clase de mi concuño José Solé llegaron los policías con perros a sacar a los alumnos. Él se opuso. También lo apresaron. Cuando iba a Zacatecas y contaba lo sucedido me

veían como si estuviera loca. Aparentemente nadie se dio cuenta, pero ya nada fue igual. El cambio fue anímico, hacia adentro. La verdad se fue difundiendo como una ola muy leve y fue germinando como lo hace el pensamiento.

Otro poemario posterior a estos años fue *Qué es lo vivido* (1980), reflexión íntima ante la vida porque se tiene la responsabilidad de ser fiel a lo que se sueña e imagina, y se deja de lado lo que le gustaría a los demás. La poesía como visión contemplativa llega a ser vía de conocimiento, cómo se piensa y siente a través de ella y por las palabras. Por ello el siguiente poemario se llamó *Las palabras* (1990). En el compás de tiempos de publicación escribí el ensayo “Dimensión de la lengua en su función creativa, emotiva y esencial” (1989). Las palabras, sean en el área de filosofía o poesía, significan, traducen emociones, vierten experiencias y saber. A veces tengo la impresión de que yo era un nudo de sensibilidad y de preguntas de toda clase y que el nudo se ha ido disolviendo, me he ido desanudando a través de la poesía.

De nudos y horizontes

El irse desanudando es resultado de sobrepasar los límites y abrir un horizonte mayor. En *El corazón transfigurado* parto de la ruina como camino de creación para llegar a *Las palabras*. Lo que he escrito después tiene menor angustia porque he podido resolver algunas preguntas y asumir las palabras como la llave para entender el mundo. Las ruinas son imágenes de lo sagrado, la metáfora lo roza y su función dentro del poema es conectar la ruina con la palabra. Anoche soñé con ruinas y con palabras. En las ruinas veo la desesperación de lo informe, de lo caído; señalan lo sagrado porque son el propio límite que se construye y que de pronto se cae. Sólo hay algo que no puede caerse: lo que nos da origen y al cual

no se llega tan fácilmente, pero que se busca develar entre la ruina y la palabra, búsqueda de sentido no reflexionando sino haciendo vivo lo que la palabra encierra, dándole vida a las ruinas; no sólo reedificándolas sino haciéndolas salir de la tierra misma otra vez, reedificadas y magnificadas para que de alguna manera nos den una seguridad y un lugar.

La búsqueda de sentido que lleva a reedificar las ruinas a través de la intuición permite comprender la arquitectura dentro de la palabra. Todo lo que el hombre intenta es poner orden, no porque lo ame sino porque lo sitúa. Cuando hablamos ponemos orden, pero uno más estricto es el de la poesía porque nos da un lugar en el cosmos. Ese lugar para mí tiene un horizonte que siempre coloca con humildad, es decir, con los pies puestos en la tierra, y otorga conciencia de cómo se es a veces grande o pequeño. Grande si volvemos los ojos al cielo y lo interpretamos, al mar y lo contenemos, pero pequeño si nos comparamos con ellos.

La necesidad de ver y tener un horizonte es el paisaje que se añora y que lleva a construir. Esas construcciones, incluso las del mar y del cielo, dentro de uno, son insuficientes porque a pesar de la capacidad imaginativa no se puede contener lo más grande. La visión se traduce en palabra haciendo patente la insuficiencia para comprender ese mar y, a la vez, la palabra nos hace ser. Hay muchas cosas que no comprendemos pero que sí aprehendemos, aunque sea de manera oscura. No soy una persona de sentimientos y pensamientos sencillos. No sé por qué siento que aunque no entienda, hay un orden, entre él y yo, hay una zona oscura que acepto porque en el fondo tengo fe.

Se dice que escribir es un acto de fe. La palabra nos ubica, nos constituye, nos permite crear un orden que devela un sentido que subyace; es lo que nos confirma en el sentir que esa zona oscura está ahí, y que para atravesarla se requiere de la certeza de una fe. Conservo muy próximo el sentido profundo de lo sagrado, creo

que por eso entiendo los mitos indígenas, aunque estén mal expresados. Mi adolescencia fue una lucha porque mis padres tenían formas muy distintas de mirar la religión o a Dios. Mi padre había leído mucho, era bastante incrédulo a ratos, y a ratos era crédulo. Opté por creer y ello es parte de ir deshaciendo el nudo. Al estar mirando una hormiga, recordé que en la escuela me dijeron que las hormigas veían de manera distinta a la de los hombres: “Esta hormiga está viendo y no cree en mí, así yo que veo un orden universal no puedo dudar de que hay un origen sagrado-divino”. Desde entonces creo que soy creyente y no creo que la muerte absoluta exista. Tal creencia se alimenta por la palabra al vincularnos, develar e intuir este orden, y al profundizar en lo que es vivir en el mundo, que resuena en consonancia con lo que se trae dentro.

El apostar por la palabra y la poesía da congruencia entre lo que decimos y hacemos, afirma estas intuiciones primarias del orden, de lo sagrado, de la relación con la tierra, las raíces. Al verterse esta sensación en los poemas se refleja una circularidad: mediante la poesía la vejez es un regreso a la infancia, pero de circularidad iluminada. Al escribir un poema, si considero que expreso todo lo que podía decir, siento una liberación de energía por haber hecho conciencia sobre un orden particular, porque adquirirla sobre el orden en general es muy difícil, pues siempre falta la explicación del principio y del fin. El poeta, a través de la metáfora, descubre conexiones no vistas en la realidad. La conciencia de que existen, así como la poesía las ve, produce una alegría enorme. La experiencia de ese descubrimiento que permite ir hacia otro conforma un sedimento que queda como experiencia de lo sagrado.

La poesía es indispensable. Si mediante la reflexión la ciencia brinda ciertas seguridades, mediante la intuición y la sensibilidad, la poesía da conciencia sobre lo que se está expresando y sobre lo que significa ser hombre: alguien que piensa y siente. ¿Qué sería de España sin el Siglo de Oro y sin la Generación del 27?, ¿o sin

Antonio Machado, que también en prosa dijo tanto? ¿Qué sería de México sin López Velarde, ese hombre de provincia que vive en su centro y en el centro de la humanidad, que habla por los demás pero con sus riñones, su corazón, su hígado, su inteligencia, con todo lo que es? El poeta escribe sobre sus experiencias, que son sensaciones y pensar iluminado; está cantando el destino humano, su forma de enfrentarlo brinda caminos a la inteligencia y a la sensibilidad para seguir siendo personas, no máquinas, animales o pared. Creo que tal es la función del poeta: señalar lo sagrado, la igualdad de los hombres, pero sobre todo afirmar que la vida es importante.

Sigo dando clases y talleres porque no hay que claudicar ante la vida. Uno va envejeciendo y va dejando pieles como víbora, pero por dentro no se envejece. Uno se ve al espejo y no se reconoce, por dentro se está siempre lleno por vocación de la necesidad de conocer y de amar. No se puede conocer sin amar y amar sin conocer. La poesía es una de las formas más completas y profundas de conocimiento. Si alguien conoce la literatura se sabe poseedor de una riqueza como no puede haber otra, porque un libro es un diálogo. En el caso de la poesía es, además, revelación.

Acerca de la cultura²

Preguntarse por la cultura produce en ocasiones la sensación de haber llegado al final de la fiesta, las mesas y las sillas se encuentran desperdigadas, las conversaciones de aquellos que permanecen son silenciosas, la música se apaga con el rumor de la noche, los ojos recorren los resquicios de la pared en una labor más arqueológica que intelectual porque quisiéramos que alguien nos contara qué sucedió, pero los invitados se han ido, así que los ojos se detienen en lo que podría ser una señal, un signo, algo para comenzar a narrar una historia. Las luces se apagan y no sabemos a bien dónde han quedado los protagonistas, ni los actores de reparto, es tal la confusión que la escenografía se vuelve el motivo de la disquisición. Se nublan los ojos, y ante la falta de claridad la pregunta se aduerme, porque sólo pregunta quien ha visto, y los contornos de la noche acrecientan la oscuridad. La calle se llena del eco de nuestras pisadas y de la de otros, pero de tanto eco no sabemos cuál es el de nuestros pasos. En este momento podemos imaginar tantas cosas, y quizá el problema no sea imaginar, sino darle locución a esas imágenes, dejarlas bailar, abrir las ventanas para que el

² La presente entrevista fue publicada por primera vez junto con otras sobre el tema en la revista *Casa del Tiempo* bajo el título “La cultura al borde de un ataque de nervios”, núm. 42, julio-agosto 1995, pp. 10-21 y posteriormente de forma aislada en *Ritmo. Imaginación y Crítica*, bajo el título “Acerca de la cultura”, núm. 2, invierno de 2002-2003, pp. 16-23.

aire nos murmure esa respuesta que da una identidad, un nombre a nuestro rostro.

Por esta inquietud surgieron una serie de entrevistas, a continuación se presenta la de Dolores Castro. Las preguntas versaron sobre qué entender por cultura, las bibliotecas y las publicaciones como herramienta, la repercusión de la lectura y la educación en un cambio cualitativo, las virtudes y defectos del proyecto cultural y su futuro en momentos de crisis. Las respuestas son puntos de partida o de llegada, caminos abiertos y por recorrerse, posibilidades de quehacer y vivencia, de sentido entre el acto de la palabra y la acción, y a pesar de su diversidad subyace la certeza de que la cultura es un deber de todos.

Dolores Castro, poeta

Se puede entender por cultura el quehacer del hombre y considerarla una ciencia como indicó White que es la culturología. Si se habla de ese tema, en México, me parece interesante la investigación sobre cultura popular. En El Colegio de México sacaron cinco tomos sobre la poesía popular: canciones, estrofas, coplas, entre otros; así como realizaron este estudio hay que considerar la riqueza de los cuentos, las leyendas, las anécdotas, los episodios, eso que los historiadores han tomado por su cuenta al captar relatos orales de otras épocas a través de los ancianos como de personas que están enteradas. Habría que señalar la distinción entre lo que es cultura verdaderamente popular y lo que es producto de una demanda mercantil, es decir, todas las canciones para la televisión, plazas públicas, que se escriben para ganar dinero, con un fin utilitario.

La cultura escrita pertenece a la norma culta. La pregunta es: ¿cómo se puede contribuir verdaderamente a difundirla? Creo

que las publicaciones son importantísimas ya sea de revistas o de libros. Quizá un intermedio entre la norma culta y lo popular en cuestión de publicaciones sea la historieta; hay unas que cumplen con una función que se le atribuye a la literatura pero que realmente sólo provocan la evasión a través de ensoñaciones superficiales en la actualidad erótica y nada más. Hay otras que muestran alguna forma popular de ser, como por ejemplo *La familia Burrón*; sociólogos italianos se han entrevistado con su autor, Vargas, para que hable de su origen, que fundamentalmente es su vivencia en las pequeñas fondas, en las cantinas, de ahí toma sus temas y sobre todo el lenguaje.

Las revistas son publicaciones debidas al sacrificio, al milagro y sobre todo al entusiasmo de algunas personas. En época de crisis a veces logran llegar al número uno o al cinco, y luego desaparecen. Las revistas son indispensables porque en ellas se publica lo que se está escribiendo en el momento, un ejemplo de revista valiosa me parece que es *Periódico de Poesía* o *El Cocodrilo Poeta*, pero ¿cuántos números más tendremos?

Es verdad que ha aumentado el tiraje y los títulos en la publicación de libros infantiles. Es por ahí por donde podríamos empezar para que aumentara el gusto por la lectura, también es verdad que Ana María Magaloni hizo muchísimo por las bibliotecas en todo el país, agregó al simple acervo de la biblioteca y al ordenamiento de los libros, círculos y clubes de lectura; al niño y al público en general se le ofrecieron muchos atractivos dentro de la biblioteca como un verdadero centro de cultura. Sin embargo, la sección de literatura en comparación con los libros técnicos es más pequeña, las personas que pueden trabajar de lo que sea, porque saben muy poco, necesitaban un acervo que les proporciona información para enseñarles a hacer cosas.

Lo que se pediría es que se diversificaran más las publicaciones; es necesario hacer colecciones como las *Obras completas* de

Alfonso Reyes, de Octavio Paz, pero también es necesario rescatar a tantos buenos escritores olvidados, por ello la investigación es muy importante. En un país donde no se lee mucho, con frecuencia son los escritores que más ruido hacen en cocteles, mesas redondas, entrevistas los que logran publicar y no siempre son los mejores. El acierto en el programa editorial del CNCA es haber rescatado autores desconocidos para un público mayoritario, donde aparecen realidades sociales, culturales que están expresados en poesía, novela, cuento y ensayo, por ejemplo Juan José Tablada en la colección de “Lecturas Mexicanas”; pero no se han preocupado por distribuir ni por apoyar el fomento a la lectura. Por otra parte, aunque tengan un sistema de difusión y distribución en las librerías deficiente, es mejor que el de la UNAM que cuenta con tres librerías.

En México no poseemos una cultura de lectura por varios factores: la mayoría no tiene acceso a los libros por su costo, se carece del hábito de ir a las bibliotecas y de fomento a la lectura. Se estima que para la mitad de esa gran mayoría la educación no le es asequible, pueden aprender a leer y a escribir en casa, pero no es lo mismo que ir a la escuela. De esta manera se prolonga el analfabetismo aunque haya lugar en las escuelas, porque lo que no hay es posibilidad económica para llegar hasta ellas.

Creel dice que para que haya una nueva forma de derecho electoral hay que reformar desde el principio. De igual manera, para que hubiera lectores se debería empezar por asegurar verdaderamente el derecho a la educación y el acceso a la cultura. Sí se ha avanzado con respecto a la educación a pesar de que esta gran mayoría es excluida casi de todo. Desde la Independencia hasta nuestros días, se han construido escuelas, los padres han comprendido que la enseñanza es obligatoria, pero siguen existiendo deficiencias. Trabajé en un proyecto que se llamaba “Educación básica y recuperación”, vi cómo en un pueblo cuya población era de marginados había aún la posibilidad de que unos lo fueran más.

A veces esto se daba porque había una carretera que dividía al pueblo, de un lado estaban todos los servicios y, del otro, las casas apiñadas sobre la ladera de un río; sus niños crecían sin nada y sus padres eran incapaces de cruzar la carretera. También vi cómo en las escuelas se les suele cortar la luz por los adeudos que son propios del Estado o de la Secretaría, y en el turno vespertino al que van los niños que ayudan en las tareas agrícolas no pueden seguir con el curso por falta de luz. Vi cosas tremendas: lugares donde llega el profesor a dar la clase en español, y los niños indígenas se ponen a jugar en el rincón porque no entienden nada; si el maestro es bilingüe aprovechan algo más; sin embargo, nos decían: “Denos algo que nos pueda servir a nosotros porque apenas estamos produciendo y saliendo adelante”.

En ese proyecto se incluía información que versaba desde el injerto de árboles hasta aprender a escribir para hacer una petición de tierra, promovía un vivo interés para aprender a leer, a escribir, a contar, a conocer su espacio y más allá de éste. Se eligieron pueblos alejados de la comunicación para analizar la situación de la educación. Se quería dar esa clase de educación de todo a todo, con civismo aplicado a las situaciones que ocurren localmente, pero las autoridades estaban en contra, y se dejó porque era una lucha imposible.

Otro problema es que los maestros siempre enseñan lo mismo y a rajatabla. He leído preguntas en la educación abierta como: ¿Quién fue el héroe del bosque de Sherwood?, cuando no saben ni siquiera quién fue el héroe en la Batalla del 5 de Mayo, o del lugar, desconocen incluso la historia de su propio pueblo. Si en los programas de estudio del conocimiento particular se quieren ir a lo universal, o de lo universal a lo particular está bien, pero no tan bruscamente pensar en Robin Hood cuando hay tantos como Chucho el Roto que quizá pudieran entender mejor.

Aunque la educación parece una lucha imposible creo que lo que parece imposible es lo más digno de abordar. ¿Cómo?, desde

donde uno pueda, si uno da clases, en vez de reprobar a los más necesitados hay que atenderlos, saber dónde está uno situado, en qué país. Si desde el gobierno pensarán, en lugar de tantos proyectos que se contradicen entre sí, en la forma de mejorar la situación de los maestros que quieren olvidarse hasta de qué viven porque duplican o cuadruplican jornadas, habría una congruencia en la educación. En todas las mesas redondas de los congresos de educación por lo que empiezan es con decir: “mejorar a los maestros”, los maestros, de verdad están muy mal, en el mejor de los casos, hacen dos turnos y luego son taxistas, pero hay maestros que están en malas condiciones de salud y tienen que faltar por eso, cómo le va a alcanzar el sueldo. En este momento les aumentan según su rendimiento, pero ¿por qué no pensar primero en una condición que fuera justa para todos, y luego calificar a los mejor dotados para darles un aumento de sueldo en virtud de su rendimiento? Se les ofrece capacitación, ¿pero qué tan buena es esa capacitación? Por lo general versa en cómo enseñar y no qué van enseñar, se les olvida el contenido.

Otro problema es el horario. Los niños hasta de sexto año van de ocho a doce y media; en ese lapso de cuatro horas y media no pueden aprender mucho, además, el maestro tiene que llenar una gran cantidad de papeles para la dirección y luego entrar a otro turno, y trabajar en la tarde para sobrevivir, ¿a qué hora leen? Los libros de texto, que siempre se aclaró a los maestros que debían ser complementados, en algunas escuelas ni siquiera se leen porque los niños tienen que ver aritmética, español, ciencias naturales y ciencias sociales, luego reciben media hora de recreo y al maestro no le ajusta el tiempo. Estos niños pasan de primaria a la secundaria donde se les imparte un mayor número de materias, de alguna manera se cumple la deficiencia de horario y se vuelve a repetir lo que se vio en primaria. Hace algunos años realicé una investigación en Zacatecas y Aguascalientes para averiguar cuántos maestros llevaban a los niños a las bibliotecas, el resultado fue que ninguno.

Para que la mayor parte de las personas tenga acceso a la cultura se les tiene que educar porque es lo que va a provocar un cambio cualitativo. El proyecto cultural y educativo debe estar dirigido a ello y creo que en general es pobre, porque consiste en ediciones de libros y revistas; organización de conferencias y mesas redondas; presentación de libros. En este punto como en los demás, hay una pirámide, en la cúpula se toman las decisiones, pero la comunicación entre la cúpula y los estratos restantes va siendo, a medida que llega a la base, cada vez más pobre. El caso del proyecto cultural del CNCA reproduce el problema de la pirámide donde los únicos que participan son los miembros de la cúpula, es un proyecto elitista dirigido a la minoría y ello no provoca un cambio cualitativo en las mayorías.

¿A qué clase de cultura tiene acceso una persona del pueblo? Por lo general a la televisión porque no sabe leer, o si saben lo hacen muy mal, porque la distancia entre analfabetos y alfabetos disfuncionales que han leído un libro y ya se les olvidó, es muy corta. La televisión es una forma casi absoluta de evasión, no es el cine donde encontramos una cultura de la imagen con símbolos. La televisión tal vez en el futuro pueda adquirir otra forma; pero hoy día carece de aspectos como la cultura artística; la cultura de lenguaje; la cultura política; o la cultura de una comunicación activa, porque su forma responde a mensajes verticales. El canal 22 del CNCA sufre del problema de que pocos pueden captar su señal desde que cambiaron la orientación de la antena. Con estos antecedentes ¿quién ve el canal cultural? Mientras lo pude ver tenía algunos programas buenos, otros no tenían el lenguaje adecuado de la imagen, o eran programas muy cultos que no estaban dirigidos a la población en general.

El gobierno en momentos de crisis recorta los programas de cultura porque considera que no son algo prioritario, que es una especie de lujo, y los recorta porque casi siempre es un gobierno

que no representa los anhelos y las necesidades verdaderas de las personas que lo llevaron al poder. A pesar de que los libros no están al alcance de la mayoría, si se dejara de leer definitivamente, no se sabe hasta qué punto sería una regresión enorme. La palabra transmite pensamientos y emociones; a medida que leemos aprendemos palabras y mediante ellas pensamos y sentimos. Si pensamos podemos descubrir nuevos caminos y nuevos horizontes, pero también las engañifas, las trampas y los obstáculos que interceptan esos nuevos caminos y esos nuevos horizontes. El que tiene capacidad de pensar y de sentir se detendrá antes de organizar matanzas o simplemente de dañar a otros. No se deben dividir pensamiento y sensibilidad, pues una cultura verdadera de ellos está nutrida. Mi papá decía: “No es fácil ser hombre, es necesario pasar de cuatro patas a erguirse en dos pies, de matar animales a cultivar la tierra, de pulir la piedra a manejar los metales y aprender a usar herramientas, a ahorrar energía y sobre todo a tener forma de pensar y sensibilidad para no dañar a los demás”. En esta época “los demás” no se limitan nada más al género humano, sino a todo lo que vive, alienta y hasta la tierra que le da sustento.

Olvidar la palabra y la lectura es regresar a las cuatro patas, significa no poderse comunicar. La gente que sólo oye, a veces no oye bien y modifica las palabras porque nunca las ha visto escritas; aunque es verdad que a veces una imagen vale más que mil palabras, habrá que ver qué imágenes y qué palabras.

Por ello creo que hay que ir en sentido contrario al de la pirámide, empezar por la gente más desprotegida y hacer que recuperen sus tradiciones, que expresen sus necesidades, que imaginen sobre su propia realidad y escriban, y que hubiera órganos de publicación para eso. En los pueblos apartados donde lo único que hay son los libros de texto de primaria que la gente guarda y conserva religiosamente como la base de su sabiduría, deben crearse bibliotecas. Empezar con la cultura desde la base daría un conocimiento

más claro de cuál es nuestra verdadera realidad y, desde luego, ya que la gente tuviera conciencia de quién es, dónde está y qué hace, hacer lo que Vasconcelos, aunque parecía una idea descabellada, cuando llevó los clásicos a los rincones más apartados del país, a fin de que los valores importantes de la literatura entraran en comunicación con los valores de esos lugares. Encerrarse tampoco es la solución, como tampoco lo es el nacionalismo a ultranza, pero sí comunicarnos con la gente más necesitada, porque la cultura de ninguna manera es un adorno ni debe verse como un privilegio para los más más más, porque la cultura es lo que da una identidad.

Durante el porfiriato por mucho tiempo se luchó para que hubiera unidad nacional. Creo que ni siquiera eso se ha logrado porque a los pueblos indígenas se les marginó. La cultura sigue siendo una necesidad de identidad y unidad, por lo menos saber que somos un solo país, y no un país que “arrastra” con el de los olvidados, el de los marginados, el de los pobres, el de los ignorantes. Hay que empezar desde abajo e ir hacia la cúpula para lograr altos valores en la cultura tanto por conocerlos como por producirlos. Publicar unas cuantas revistas y hacer tirajes de libros no va a lograrlo. Lo que lo lograría sería un verdadero afán por llegar a la democracia, a una educación verdaderamente para todos, a un enfoque creativo y a un mejoramiento del sistema de enseñanza-aprendizaje, y hacer una investigación a fondo de lo que es cada municipio, cada pueblo, cada estado, nuestra nación, y una rica expresión de todo eso y más.

A tantas voces de viento³

Julio 2003. Era martes. Llovía como decimos en México “a cántaros”. Manolo⁴ había llegado de Louisville un par de días antes y uno de los motivos de su viaje era conocerla. Ella nos esperaba en su casa, acompañada de Benjamín,⁵ quien daba los toques finales a su tesis doctoral sobre su poesía. Algo así la historia inicial que enmarca lo que doy a leer, con la salvedad de que encontré la grabación hace unos días, en una vieja computadora.

¿Por qué no se publicó?, ¿por qué quedó dormida en este sueño injusto? Diría a manera de una mala justificación que aquello fue más bien una charla de café, y que la intimidad de una conversación entre amigos debe quedar en ese ámbito, pero entre su ir y venir, hubo un fulgor y fue cuando habló de *La ciudad y el viento*, novela corta que refiere lo que ocurría en los años posteriores a la Revolución y que muestra los rastros de la tan callada Guerra Cristera en una sociedad salvajemente destruida por el hambre y la desesperanza. A la distancia sorprende que, entre tanto escombros y tierra seca, entre tanta ruina, pudieran resguardarse las generaciones postreras que terminarían por edificar, eso llamado por los historiadores, el “México moderno”. Dolores Castro, como pocos escritores

³ Esta entrevista fue publicada en *Casa del Tiempo*, vol. I, época V, núm. 13, febrero de 2015, pp. 8-12.

⁴ Dr. Manuel F. Medina. Associate Professor of Spanish Director, Brazilian Studies Program, de la Universidad de Louisville, Kentucky.

⁵ Dr. Benjamín Barajas, director del CCH Plantel Naucalpan.

de su generación, retrata con una resuelta sutileza a esos jóvenes que portaban en su estremecimiento la lucha entre conservadores y liberales, las contradicciones entre el poder y la pobreza, y realiza una denuncia, por demás dolorosa, del papel dejado a las mujeres.

Escrita en una prosa poética enfática, la novela desarrolla una profunda reflexión en torno a la muerte y coloca al lector en el umbral que delimita con la vida. La cala hecha sobre cada una de sus aristas, donde la morosidad de su desolación se afince, asombra porque en ella subyace el cuestionamiento franco de cualquier mediación en el lazo íntimo del hombre con Dios, y confirma que el camino al infierno está empedrado de buenas intenciones.

Castro retrata la violencia del vínculo soterrado entre vencedores y vencidos. La imposibilidad de unificar su visión hace que el anhelo por un perdón que no duela gravite entre la torpeza del rencor y la ignorancia. La justicia, ciega y andando los vericuetos de la desmemoria, deviene en persecución y en matanza. La agudeza con la que describe a los personajes, y sus intrincadas relaciones, muestran sobradamente un dominio del género y un conocimiento profundo de la naturaleza humana que se prolonga en el eterno retorno de un absurdo invencible. No hay un futuro prometedor que inaugure en canto triunfal, una nueva condición humana, sólo el fracaso, el insistente fracaso del vencido cuya aspiración es resistir a la fatalidad de ser vencido reiteradamente.

¿Quién podría olvidar las frases con las que inicia esta novela?, ¿o la orfandad que mutila el tejido social, y que hace del corazón más débil una fiera que, en su desarraigo, alza la mano en busca de una venganza que trae consigo más sangre y más dolor? De una expresión sencilla y de un tajo profundo, la escritura de Castro muestra una sociedad envilecida hasta la médula, desolada en su abandono, y donde sólo pervive quien encuentra en el polvo el secreto nombre de las cosas, que no es el de Dios sino el de la miseria de saberse hombre entre los hombres...

Y entre los murmullos de la grabación, la estática, el repiqueo de la lluvia y el infalible relámpago, sobresale la voz de Lolita, quien comienza afirmando que el género de la novela es bellísimo. Sea este el recuento de una fidelidad más allá de la voz, lo dicho o la ficcionalidad que habita toda memoria. Sea esto testimonio del amor inabarcable a la palabra y a la vida.

Esta es una ciudad devastada por un incendio, en la que no han acabado de arder la gente ni las cosas.

En uno y otro caso siempre se quieren hallar las causas. Causa muy importante ha sido la sequía. También el aire, que encañonado pasa y se lleva las nubes, y se lo lleva todo, o lo trastorna sin el menor respeto.⁶

Pasé de la poesía a la novela corta porque tenía como una especie de mundo, como una semilla, donde estaba contenida mi experiencia de vivir en Zacatecas, una ciudad que en aquel tiempo era fantasmal. De veras, cuando era niña me preguntaba, ¿qué pasó aquí? Ya después oí lo que ocurrió durante las terribles batallas de la Revolución.

Después, la ruina, destruyendo con pesada mano techos, paredes, tanto como destruyó la metralla de la propia Revolución.⁷

Pero fue un tiempo muy interesante porque no era sólo el “¿qué pasó aquí con esta ciudad?”, sino, “¿qué pasó aquí con este país, con esta gente?”. Recuerdo todavía por 1952, en Zacatecas, que durante una carrera de coches salían de todas partes a ver a los automovilistas aquellos, pero las personas traían consigo un

⁶ *La ciudad y el viento*, en *Obras completas*, 2ª ed. México, Instituto de Cultura de Aguascalientes, 1996, p. 131 (col. Contemporáneos).

⁷ *Ibid.*, p. 137.

botecito que casi siempre era una lata adaptada con algo para calentarse, y con sus abriguitos que estaban hechos de algún saco. Tristes. Pobres. Eran unas condiciones terribles que llevaban a repetirme la pregunta, ¿qué pasó aquí?

De pronto, me brota esa experiencia. Estaba esperando a mi tercer hijo y empecé a escribir. Sin duda, también es la experiencia que tuvo mi padre ante el choque entre la forma de pensar de los liberales y los conservadores. En Zacatecas, como decía López Velarde, había de dos: “Católicos de Pedro El Ermitaño” o “Jacobinos de la época terciaria” que se odiaban unos a otros de buena fe. Esa experiencia, además, se reflejaba en la arquitectura, la mayoría de las casas estaba en ruinas, y las pocas que se mantenían en pie eran hermosísimas.

La ciudad y el viento se origina en una vivencia de juventud. Asistí a una boda en la casa de un general. La entrada, espectacular, recubierta de cantera, tenía una escalera enorme de peldaños anchos. La casa ocupaba el sector posterior de la alameda, como el final. Era una boda en la que no iba a haber velación, es decir, misa, porque el abuelo de esta muchacha, que ya no era tan muchacha, había sido un liberal, entonces no los podían casar por la Iglesia. Recuerdo que me impresionó de mala manera la división de clases.

Después de la boda hubo un brindis; entramos y quise ir al baño; abrí la puerta y, después de una hilera de cuartos, no había nada. El resto estaba derruido. La sala donde era la fiesta era preciosa, con cortinas de encaje y unos muebles finísimos de una época anterior, pero no tenía más que una hilera de cuartos. El impacto me provocó que cualquier cosa llamara mi atención al punto de fijarme en los detalles que pasaban inadvertidos. Y a través de la visión de aquella casa situé lo que habría de ser la materia de la novela que me brotó de pronto. Era una casa preciosa. La echaron abajo para poner el Seguro Social.

En el viento le llegaban otros recuerdos. Veía su casa; construcción rara, en verdad, al fondo de la alameda, hacia lo alto, sobre una escalinata de piedras en veinte grandes escalones, tan amplios hacia los lados como una cuadra entera. Así la había construido su padre en época de bonanza. Casa de principales y principal por sus adornos en cantera labrada, rodeando las grandes ventanas guarnecidas por rejas de hierro.⁸

El Zacatecas que conocí tenía las calles empedradas con piedra bola, costaba trabajo caminar, todo como que costaba trabajo, la gente que sobrevivía el haber nacido ahí, pues ya podía sobrevivir cualquier cosa. Mi madre vivió hasta los 100 años y medio, y mi padre, hasta los 92, porque habían pasado por todo. Decían que en Zacatecas sólo había dos estaciones: la del invierno y la de los ferrocarriles.

Era un Zacatecas bellissimo, con esa catedral y esa arquitectura magnífica. Incluso su propia edificación sigue asombrando porque se construyó dentro de una cañada. Cuando era chica había la costumbre de subir al cerro de la Bufa para mirarla. Desde ahí parecía un águila con las alas abiertas. Precioso.

A lo lejos la ciudad es un águila que cayera de bruces con las alas abiertas; de cerca, el águila se empequeñece, pierde su negror. La luz nos muestra las cenicientas tapias, el pobre y raído plumaje.⁹

La ciudad y el viento tiene como personaje principal a Zacatecas. La crítica principal en torno a su propuesta versó en que gran parte de su expresión era poética y en ese momento el cruce de géneros no era algo bien recibido. Pero era la manera de evidenciar, a través de la asociación entre el viento y las ruinas, una situación social.

⁸ *Ibid.*, p. 137.

⁹ *Ibid.*, p. 131.

La ciudad derruida por el viento que se la llevó arreciaba en el recuerdo cuando volvía la temporada. Al despertar sentía una emoción enorme porque pasaba entre las rendijas de las ventanas y cantaba, ¡cantaba! Mientras mi prima decía: “¡qué horror, hay viento, me voy a despeinar!” Yo exclamaba de puro gozo: “¡Qué bien!, ¡hay viento!, ¡hay viento!”.

El viento es un personaje dentro de la novela, no un elemento. En aquel entonces yo era delgada y joven, y el viento me ayudaba a caminar, más bien, me hacía caminar. En tiempo de invierno cortaba materialmente, porque, como es cañada, se encañonaba el aire. El viento también se llevó la historia y su memoria. Zacatecas fue la cuna del liberalismo, y de la educación laica, gratuita y obligatoria, porque Francisco García Salinas fue al Congreso y lo propuso.

En Zacatecas se fundó la primera Escuela Normal, dicen que del continente, pero digamos que del país. Fue una ciudad de mucha cultura y de pronto el viento y la Revolución se llevaron a la gente y socavaron el ánimo. Después vino la Guerra Cristera que fue por demás cruenta e injusta. A los pobres les increpaban: “¿quieres defender a Cristo?, ¿estás con Dios o contra Él?”. La gente que era muy católica respondía afirmativamente, les daban las armas y la lista de sus compañeros. Luego recogían por ahí la lista y los fusilaban a todos.

Juan conocía la lista que ahora estaba en manos de Neftalí, el jefe de policía, su perseguidor. Aquella inocente lista pertenecía a los católicos que Juan reunía para asistir a misa, para recibir instrucción religiosa, para llevar a cabo las indispensables obras de misericordia. Neftalí los perseguiría como a “cristeros”.¹⁰

En principio la lucha estuvo apoyada por la Iglesia, pero al estar en su parte más crítica, el Papa señaló que no era posible que

¹⁰ *Ibid.*, p. 168.

los cristianos se pelearan entre sí, por lo que retiraron su apoyo, aunque ellos ya estaban en las montañas tratando de subsistir. García Lorca, en algún momento, señala que sólo los españoles y los mexicanos poseen una crueldad inigualable. José Emilio Pacheco trata el tema en varios cuentos y muestra cuán terribles fueron unos y otros.

Tengo por ahí una grabación de un cristero, que era un señor Cantera, que luego se dedicó a chofer. El pobre hasta el apellido perdió. Le sucedió esto que les he estado contando, y al final dijo: “¡Ay Dios! Pues si aquí nos estamos muriendo de hambre, somos cuatro pobres hombres que estamos peleando”. Uno de ellos se fue a registrar en el ejército, a disgusto de los otros que vieron en el cambio de bando una traición terrible. Luego este señor Cantera, bajo la misma circunstancia de estar muriéndose de hambre, de frío, y ya no tener zapatos, se fue a enlistar, pero no lo aceptaron porque no tenía botas; las consiguió junto con un uniforme por ahí y se quedó. Las luchas finales fueron espantosas. Había gente que sí poseía una verdadera convicción. Si lees las historias sobre los cristeros, hay algunas que conmueven porque estaban plenamente convencidos de defender a Cristo y a la Iglesia; había otros que sólo eran roba-vacas... La cristiada fue un episodio oscuro en nuestra historia.

A mí me tocó todo..., el fin de la Revolución y la cristiada. Viví hasta los siete años en Zacatecas, pero luego regresé y fue cuando percibí esa distinción tan espantosa entre las clases sociales. En los pueblos, que se discrimine a las personas por ser menos es inútil. Si ya uno es menos, ¿por qué ver todavía a la gente menos? ¿Sería más un fenómeno de los lugares chicos que de las grandes ciudades donde permea el anonimato colectivo?

Zacatecas ha cambiado mucho, se ha convertido en un lugar turístico. También ha cambiado el país, el rostro en general, las condiciones de vida. Esas personas que discriminaban a otras, ¿en qué

eran superiores?, no lo eran en educación, a veces ni en dinero ni en posición, pero estaban muy dispuestas a ver menos a los demás.

No me dio trabajo publicarla porque en ese momento *Ficción* no era tan importante como lo fue después, y además, y con esto, se disminuye la importancia de mi novela, mi cuñado era el rector de la Universidad, y yo era muy amiga de Sergio Galindo, quien dirigía la colección. Él no quería publicar poesía porque nadie la compraba, me dijo que mejor hiciera una novela. La empecé a escribir y jugaba a las carreritas: ¿entregaría y publicaría primero la novela?, o ¿nacería primero, Eduardo, mi tercer hijo? Finalmente entregué la novela y nació Eduardo. Tengo un solo ejemplar de esa edición que alguien me consiguió hace poco, cuando el viento no estaba soplando.

Cuando Emanuel Carballo la leyó sentenció que era una novela provinciana, y decidí no dedicarme más a este género. Pero no sólo fue eso, es mucho más fácil escribir poesía después de cambiar unos pañales o dar una botella al hijo o tener exceso de trabajo. Si se lee lo suficiente se puede escribir poesía en cualquier momento. La novela es más demandante en su tiempo de escritura y para seguir a los protagonistas hay que estar muy concentrado para no confundir sus hilos. Si en la poesía hay que andar como minero siguiendo una veta, en la novela son muchas las que se tienen que urdir. Eso es lo que pienso, pero tengo esa experiencia y no podría ahondar más en el tema.

Quizá la diferencia más interesante entre los géneros de la épica y la lírica sea el manejo del tiempo. La concepción circular en la poesía refleja el juego de la memoria. Su tiempo versa sobre lo vivido y crea un presente que hace presencia de muchas cosas... Si en una novela a veces no se sabe a dónde van los personajes, en la poesía hay un mayor sentido de aventura.

Mi marido, Javier Peñalosa, me decía: “Puedes dar clases de redacción, de tantas cosas...”, y yo le respondía: “No, no te

equivocos, quien entra en la poesía se mete en una especie de ola de locura. Para dar clases de redacción se necesita otra cosa”. Creo que en la manera como se vive el tiempo determina en mucho qué es lo que se va a escribir y cómo se va a escribir. El mundo de la poesía es delirante, porque se desarrolla sobre esa fractura temporal. ¿Enloquecedor, salvador? Recorrer la memoria es repasar una película y encontrar una foto fija donde uno rescata algo para siempre y del momento.

Se escucha el estruendo de la lluvia que se arremolina contra las ventanas. Se hace el silencio, ninguno se atreve a romperlo. Ninguno sabe qué mira Lolita en la lejanía del recuerdo, qué calle polvorienta, ráfaga de viento, árbol cimbrado o qué hijo de ojos negros, o qué caricia la esté afirmando en el instante del aliento. Sobreviene su risa queda, y luego el parloteo de unos y de otros continúa deambulando como lo hace la vida cuando goza de una altísima luz.

Pensar un poema¹¹

Tengo 92 años, me dice azuzada por el asombro y la maravilla, y su mirada glauca, por haber visto la transparencia correr en agua de río, me sonrío. Ladea la cabeza para escucharme. El silencio se le ha vuelto extranjería no ajena y sólo habla de lo que reverbera en esa entraña de verbo, porque ahí donde la palabra es cerco, lo no dicho es horizonte y altozano de una vida tocada por la gravedad y la luz. Todo en ella es presencia, desmesura de estar: raíz, y eso es cuestión de difícil sabiduría. Reparo en sus manos nudosas que tiemblan por la demasía de su ser y que acarician la portada de un libro, gesto nimio que responde a un cuidadoso morar la escritura. Conversamos de lo nuestro, de lo que nos ha sido querido, del origen, de la patria, de Odiseo que se arrodilla ante la playa de Ítaca, de la poesía y su escalera al cielo, de la palabra viva y su sonido de estrella; hacemos un recuento sobre el temblar de las hojas y su hilvanar las migajas del aire; entonces la voz se le quiebra en saeta y en cascada habla de Ayotzinapa, *es que no pude escribir un poema, es que tanto no me cupo en el cuerpo*, y azoradas comprendemos que debemos atrever una entrevista.

Me pareció un episodio tan violento, ya no de animales, sino de autómatas enloquecidos, ¡cómo es posible!, venían los muchachos, naturalmente gritando, un poco desordenados, venían

¹¹ Entrevista realizada el 13 de abril del 2015 en casa de la maestra Dolores Castro, ciudad de México.

a protestar por el 68 donde también murieron tantos..., y de pronto..., se sabe que los atacaron..., es muy probable que estén muertos, es casi seguro...

Recordé que de niña, para enseñarle a uno a obedecer, decían: “Es muy cierto y evidente y en San Bartolo pasó, que a un niño desobediente, la tierra se lo tragó”, esta frase resonó en mí y me llevó a escribir un poema sobre el no saber, porque imaginaba los gavi-lanes como una mancha negra en vuelo horizontal que llegaban a ver los cadáveres, pero los primeros que no sabían dónde estaban eran los pájaros carroñeros, bajaban hasta donde se supone que estuvieron y lo primero que veían era el humo, luego pequeñas llamas, y después las cenizas desapareciendo...

Escribir un poema por no saber, escribir porque la poesía fundamentalmente trata de mostrar lo que otros no ven, o lo que uno mismo difícilmente puede concebir. Yo he estado tratando de ver cómo nos dicen que fue este episodio, han pasado más de seis meses, nadie sabe nada, y de pronto aparece en las noticias un hombre que dice “yo fui, yo los maté, yo solo”, y luego, se lo llevan preso, se supone, con las manos por detrás del cuerpo, esposado, y cuando se da la vuelta lleva una botella de agua y va muy tranquilo; es evidente que son mentiras.

Se sabe, por un suceso que relata Martín Luis Guzmán, “La fiesta de las balas”, que en la Revolución, el general Fierro estuvo disparando toda una tarde, y parte de la noche, a unos fugitivos mientras brincaban una barda, y el que la brincaba se salvaba... Hay antecedentes de esta ferocidad, pero después de eso, no creo que alguien, y en un momento, mate a 43 jóvenes, cómo, eso es inconcebible, hasta con una ametralladora sería difícil, ¿y mientras matan a unos, los otros, simplemente esperan?

El enmudecimiento me sobrevino. Me parece tan atroz lo que sucedió que ni siquiera lo puedo expresar, no me cabe en lo posible; además, aunque fuera de lejos, conocí Ayotzinapa; una

compañera de trabajo me lo señaló en el camino y me comentó que esos muchachos eran heroicos, porque nunca tenían el presupuesto suficiente ni para comer, dormían en el suelo, tenían una cosita así para guardar, ¿sería una chamarra por si acaso, un sombrero...? No sé...; ni dónde guardar sus cosas. Son hijos de campesinos, incluso los maestros se admiraban porque eran capaces de leer hasta tres libros por semana, y eso no es frecuente. Tanto esfuerzo, y que los maten sin más.

Nunca dieron una versión de lo ocurrido que se pudiera creer, que si la señora esposa del presidente municipal daba una fiesta y que los muchachos le estorbaron... En esa vorágine brota la conciencia de muerte y de vida, y a su lado la conciencia de no olvidar, pero sin enfrascarse en un dolor que derive en una falsa dinámica de resignación, de perdón y de culpa.

El poeta salvaguarda la memoria histórica y debe, en primer lugar, estar siempre alerta para saber qué ocurrió; segundo, entender que este hecho es inolvidable por lo tremendo, por lo irracional, por lo incongruente, como para mí lo fue el 68..., son episodios contra los más pobres y vulnerables, contra los más capaces y lo mejor de México. No hay justificación que valide que se los acaben en un momento y de manera tan feroz y estúpida.

Todavía me pregunto, ¿cuál es el pivote oculto en esa historia que se repite? En el 68 decían que la CIA estaba muy presente, cierto es que hubo una revuelta verdadera de la gente que no aguantaba más, pero no hay causa que justifique la brutalidad de un hecho bestial.

Creo que un poeta siempre se expresa bajo la premisa de que el otro es una persona humana. Es imposible continuar sosteniendo la posición de que somos una cosa o algo prescindible. La gente no se puede reemplazar, de ahí la necesidad de los derechos que se llaman humanos, que nos recuerdan que en la escala de los seres vivos su racionalidad lo enaltece. Sorprende haber llegado al punto de tener que reconocer derechos para sabernos humanos.

Lo cierto es que sin educación y sin cultura terminaremos siendo máquinas devoradoras.

Escribir, ahora poco; el premio que me dieron, gracias a que me promovieron en Aguascalientes y que yo acepté, ha provocado otro ritmo en mi vida; luego se vino lo de Ayotzinapa, y no pude renunciar a él por muchas causas, entre otras, porque Aguascalientes me ha acogido de manera predilecta, y además estoy un poco atarantada. También tengo 92 años. Cada vez me voy llenando más de silencio, de ese silencio del alba que todo limpia y todo lo resguarda.

Quiero escribir de manera que sea esencial, algo que al menos sea una verdad mía, una palabra viva, esa que suena porque quien la expresa está emocionado. Esto lo he descubierto porque reparé en que la poesía lírica, empieza siendo cantada, y se canta cuando se tiene emoción. Hay una verdad en ella y en su más pura razón brota de su caudal, por eso es insustituible. Generalmente los verbos y los sujetos tienen más viveza, pero los adjetivos, que vienen a complementar, si abundan la ocultan, y mucho antes de que a uno se le ocurra adornar, debe evitarse la tentación.

Escribir palabras vivas porque al expresarlas cimbran, agua que sale de adentro y que lleva a mirar la claridad que amarra la intensidad; palabras vivas que permiten a una persona de 92 años estar en la vida y seguir viviendo interesándose por todo lo que ocurre en su derredor, porque uno, como los profetas, tiene que decir verdades y señalar sobre todo lo que es terrible.

Estoy muy triste por México. Me duele el país, son muchas mentiras, y a la gente le cuesta seguir viviendo, pero conozco personas extraordinarias que salen adelante con nada, que sacan a sus hijos y hacen una casa como sea. Yo le pido Dios que me conserve la claridad con la que veo, me tiemblan las manos y ya no me caminan bien las piernas porque he caminado mucho, pero sigo pensando. Pienso en un poema...

Textos de homenaje

Algunas notas sobre la poesía de Dolores Castro¹²

Al tocar la puerta de su casa sobreviene en cobijo la sombra de la higuera que, semillada, ha sido testigo de una vida que se ha sostenido para ofrecerse en la gratuidad a los otros; sabe también de esa nostalgia que ha llevado a Dolores a mirar la luna enramándose hacia el mar; con el pasar de días ha terminado por intuir la tersura de su voz en el interminable recuento de las raíces y el verdear del frutal. No sé si ella y Dolores sean una y la misma, pero sí sé que ambas siempre han sido refugio, y ello ya es más que augurio del viento venidero.

SIERVA

He probado la pulpa de los frutos inútiles
que consume y no sacia.
Penden frutos de muerte en la escarpada
orilla de mi suerte.
El fuego me consume, no conozco la fuente.
Un río callado crece en mi esperanza:
Hágase en mí según tu palabra.¹³

¹² Publicado por primera vez en *Raíz del agua. Textos en homenaje a Dolores Castro*. Edición de Benjamín Barajas. México, Benemérita Universidad de Puebla, Ediciones del Lirio y Tintanueva Ediciones, 2004, pp. 39-47. Los poemas que se citan a lo largo del texto provienen de las *Obras Completas*, 2ª ed. México, Instituto de Cultura de Aguascalientes, 1996 (col. Contemporáneos).

¹³ Dolores Castro. *Cantares de vela*.

Dice profundo y en el deshilar de su conversación la fidelidad es resultado de haberse templado, equilibrio frágil entre la transparencia, y el peso inminente del corazón. Cuando la escucho leer sus poemas me anclo en la hondura de sus ojos, poesía que se desdobra para mirarse a sí misma, aunque en su reflejo se adivine el fragmento de un dintel que a veces pareciera difícil de cruzar, espacio donde lo que se ofrenda no es una mera pulsación sino la capacidad de que el interior primero se transfigure para luego transustancializarse, pluriformidad de un origen cuya presencialidad es una intuición inminente como bien lo describe en esta estrofa de *El corazón transfigurado*:

Toda la eternidad en el pequeño
ademán de tu paso;
la fruta de tu voz es mi alimento
y toda mi figura desgarrada
es rota flor, abierta primavera
que en la tierra angustiosa de tu nombre
bebe desde sus hojas una lluvia de fuego.¹⁴

Difícil también no perder el equilibrio cuando el cuerpo se abisma hacia el cielo y registra el surco de luz que van dejando las nubes en su rastro; no he olvidado esta señal de Dolores: el vértigo se invierte ante la inmensidad y tal sensación obedece, lo quiera o no, a la obstinación de fijar los momentos, a ese inútil trato con las cosas para detenerlas y así interrumpir su deterioro; acto que marca desde el movimiento inicial su imposibilidad, y entonces, vislumbrar la fractura: el tiempo vivido.

Tiempo, misterio, redondez que cobija. Ante la violencia que inflige la presencia de la palabra, la herida se hiende en un

¹⁴ Dolores Castro. *El corazón transfigurado* [fragmento], p. 26.

presentificar que es latido, gesto de una trama que oculta para mostrar el exceso, tremor y temblor,¹⁵ después terror y fascinación. No se trata de postrarse sino de re-signar el sentido vacuo, de invertir su direccionalidad y arrojar su sobrecogimiento por delante. Sembrar la página y alistarse a la aventura del parto, desnacerse, inhabitarse, desprenderse, acompasarse en el ritmo sediento del mundo que es capaz de devorar hasta el olvido.

SEMILLA ESTÉRIL

Si con arrodillarse
cayera de mí la noche
que se cierne sobre mi cabeza,

Si con arrodillarse
esta semilla estéril
se abriera,

Si con llorar
pudiera salir
como los ríos,
al mar,

Hoy me arrodillaría
a llorar sobre la tierra.¹⁶

Extraño este adentrarse desposeyendo lo propio, como si en el intento se pudiera purificar la mirada, lavar los ojos de la mudez que a veces hace del rostro ajeno un próximo y en esta inversión re-significar lo Otro, nombrarlo en lo prístino y en lo diáfano,

¹⁵ Kierkegaard, título de una de sus obras.

¹⁶ Dolores Castro. *Cantares de vela*.

re-conocerlo. Postrarse en el ritmo silencioso de la juntura de la voz que se entrafía hacia afuera y que sibilando reptaba por las cuerdas vocales hasta obligar a la lengua y a los labios a proferirse frente al mundo, en la sonoridad o en la raigambre:

Por si quisiera hablar,
el día encima
y la noche encima
se han venido,
para que calle.

¡Cómo pesa el silencio!
más cerca de su inmensidad
que de mi acabamiento,

sintiendo
cómo al abrir la boca
pruebo una bocanada
de misterio.

Sintiendo
estas palabras mías apuntalándolo
en medio de mi cuerpo.¹⁷

Pronunciarse desde adentro donde se arremolina la memoria en la lucidez del relámpago, fugacidad de la imagen cuya simplicidad devora el abismo, pareciera que los ojos se acunan bajo una suavidad silente, pero la detención de lo vivido alcanza una altura insospechada, nos sitúa en el pretil de lo que se acalla, lo que reverbera en las sombras porque su demasía irrumpe desgarrando el

¹⁷ Dolores Castro. *La tierra está sonando* [fragmento], p. 40.

lenguaje y arrojando la voz ya no grito y ya no balbuceo, sino palabra que afronta su alumbrarse desde el gemido:

Duelen los dedos, duelen
los pulgares.

Y sigue este dolor hasta los dedos
de los pies.

Y duele
que se acerquen a ver cómo nos duele
y duele
que esto
ya no le duela
a nadie¹⁸

La poesía de Dolores traza sobre la piel cifras que en su donación terminarán por ser sabidas por el lector, no una segunda piel, ni una vivencia ajena, sino experiencia que se induce cuando se deja arrastrar por las vertientes que van abriendo la imagen-visión sugerente, que en la quietud de su contemplación semeja una danza que seduce en la fiereza soterrada de su sensualidad, muestra la reiteración de lo primigenio en la inevitable necesidad del acto cotidiano, ahí donde la mirada desgastada no repara en lo trascendente de lo nimio, ahí donde la desmesura en su transparencia se erige como cruce de los caminos:

IV

Bajo tu cuerpo, el mundo
rumoroso en la lucha.

¹⁸ Dolores Castro. "Tríptico" [fragmento], en *Soles*, p. 84.

Suena, amorosa flauta de mi sangre,
quiebra mi cuerpo, tierra,
para que pase.

Bella música el agua,
fiera contra nosotros
y amorosa en su cauce.

Te daré lo que tengo:
este poco de viento
que escapa entre mis dedos,
que es el dulce dolor de estar viviendo.¹⁹

Luego el silencio gestando no cualquier arranque sino el palpito que es recuento del cuerpo con su ritmo hallado, risa cuya irrupción acerca a la posibilidad de una luz cuyo recuerdo sostiene en momentos de desesperanza, cuando el esperar se ha enturbiado a tal extremo que engaña el acierto de los días por venir, umbrío el letargo cuando el rostro que es réplica deja de constatare en el tacto, entonces la palabra surge cambiando la polaridad, transfiriendo el sentido hacia delante, postrando un horizonte que late quedo en la palma de las manos y que conmueve en su arrojó:

Amontono las piedras ardientes
en torno de tu imagen
y me quiero apartar, alejarme
ya no pensar en ti.
Pero quedo atrapada
recordando
el tibio trato tuyo

¹⁹ Dolores Castro. "Poema 5" [fragmento], en *Siete poemas*. pp. 31-32.

sol nuevo y más hermoso cada día
 y luego tus acciones
 de corte delicado y sorpresivo
 más allá de medidas
 humanas mensurables
 [...]
 Me cerraron la boca de los días
 ahora son enormes y callados.
 Atropellados como piedras sueltas
 entre las patas de los caballos.²⁰

Poesía sobre lo esencial, sobre la irrupción del tiempo astillando los contornos de la vida humana, poesía de versos cortos, de un andamiaje de aparente sencillez, con imágenes que se han ido recomponiendo hasta construir constelaciones metafóricas de una alta plurivocidad. Cuando Dolores dice viento, no sólo nos lo mete en los ojos sino que usurpa su fuerza primaria, y nos arroja dentro de ella, mediando entre su indeterminación y nuestra palabra profana, sólo su voz como vate lidiando por los círculos concéntricos de la profundidad, y entonces la vemos alzarse como las montañas y el viento en vendaval se torna aliento sustancial que va consolándonos, y no hay cabida para el abandono, la palabra es así instrumento de con-moción, movimiento que parte desde adentro hacia otro adentro, conlleva o lleva consigo el interior de uno hacia el otro, abriendo una comprensión de lo que es común en la alteridad.

Es cosa dura ser.
 Es doblarse, doblarse, doblarse,
 Y sin embargo crecer.²¹

²⁰ Dolores Castro. "Elegía a Javier Peñalosa" [fragmento], en *Las palabras*. pp. 105-106.

²¹ Dolores Castro. *La tierra está sonando* [fragmento], p. 41.

Palabras que alumbran, que rompen las relaciones causales, que se adentran por los oscuros vericuetos de lo que está por nacer, bordeando las orillas de una forma todavía no lograda, palabras que abren brecha para lograrla a la luz primera del alba, a la realidad elusiva y húmeda del poema. Palabras como soles que parecieran anunciar la unicidad de los fragmentos, vidrios que refractan la silueta de una única imagen, ¿será acaso el recuerdo de algo, el juego interminable de los nombres que no han de ser nombrados?, no obstante si algo es tácito es la carnalidad de los versos, que aguardan a ser aire entre los dientes.

Y hay tanto querer en la poesía, tanta mirada buscando decir lo que se abarca en el horizonte, cuántas voces prometiendo ser registro y fidelidad, mundo propio y levantado en consuelo por los que han sido abandonados y resucitados una y otra vez, perseguidos en la luminosidad de lo perdido, balbucir la eternidad en el rayo que irrumpe en lo más banal, y entonces sentir el vértigo, el arrullo del viento que nos arraiga en la apuesta de tener otros días por venir.

Pareciera que la poética de Dolores versara sobre el abismo de lo simple, la vida que se desgrana en actos aparentemente insignificantes, pero cuya cadencia sustenta la arquitectura vital, siempre Dolores se afirma en este espacio, vivir inconmensurable, ¿desde qué otro lugar se puede escribir sino es desde lo vivido?, ¿cómo hablar sino del agua del río, de las montañas, del amor que nos entraña?:

No es el amor el vuelo.
Es lo que va despacio
elevándose apenas, flotando como espuma
adherida, adherida.

Es lo que arrastra el agua sin ahogarlo.
La rama verde de cualquier diluvio,

lo que guarda humedad de los diluvios
porque se hundió y flotó.

Es lo que no se ahoga entre lo ahogado.

Soplo de aire
que hiende las aguas
y enseña la primera
corteza de la tierra.²²

Luego nos quedan las imágenes de un paisaje mezclado, lo urbano y el campo, el cielo inmenso y la noche cerrada de las oficinas, la gente que se diluye tras escritorios o que desaparece en su condición humana cuando vaga por las calles y el contraste ante esta desolación es el cobijo: la morada de luz que se ofrenda a quien se acerca en torno al vientre de la madre; paradojas, aporías, equívocos, todos estos instrumentos del lenguaje figurado esgrimidos para sentir cómo las palabras aladas en la poesía con/mueven, hacen bailar al derredor de lo que germina y se entraña, sea en el grito-gemido, sea en el recuerdo de un canto, hay un sólo lugar, *la tierra*, que *está sonando*, anunciación de la esperanza:

A veces
le pesa al corazón musicalmente
su trajín azorado.
La claridad celeste
nos vuelve todo de cristal
y una dicha lejana se acumula
a la dicha presente.²³

²² Dolores Castro. "Poema II" [fragmento], en *Soles*. pp. 87-88.

²³ Dolores Castro. *La tierra está sonando* [fragmento], p. 40.

Tres calas sobre Dolores Castro²⁴

Tuve la fortuna de asistir al homenaje de Dolores Castro que con motivo de sus 85 años se celebró en la Sala Ponce del Palacio de Bellas Artes. Del evento, habré de guardar para siempre en mi memoria un momento en particular, cuando ella se levantó y tomó el micrófono para dar las gracias; al resguardo de su altura prístina, presencié el alumbramiento de una verdad que por ser de naturaleza tan punzante requiere, para asomarse y relampaguear en la completitud de su tremor, de tiempo: “Ser mujer, poeta y tener 85 años es un gran logro en este país”.

La imagen cobija mis ojos y me conmueve, y me hace escribir para dar testimonio de que he conocido a alguien con la “fuerza de árbol vivo”, y sólo por eso mi vida ha sido bien/dicha. Pasan los días y releo su poesía, repaso las entrevistas que alguna vez compartimos y pienso que hay muchos motivos para celebrar sus 85 años, pero para mí el principal es el sentido de lo vivido que nutre su obra, sentido que desde sus primeros escritos es indicio de una clara conciencia poética como “remolino de fuego”, eje por el cual el *pensar iluminado* permite que el corazón se transfigure, se alumbré en su abismo y cobre altura: palabra en vuelo.

²⁴ Texto publicado por primera vez en *La Colmena. Revista de la Universidad Autónoma del Estado de México*, núm. 59, julio-septiembre de 2008, pp. 10-19.

Luego vinieron días de zozobra y de duda, ¿cuál de sus textos escoger?, ¿haría una interpretación?, ¿y cómo deslindar una exégesis de una lectura personal con sus infatigables arbitrariedades? En este vaivén, la sospecha que sí iba delimitándose, con cierta insistencia, versaba sobre cómo Dolores Castro al dedicarse a la poesía había comprometido su estancia de forma singular, ¿dónde se mostraban los hilos que habrían de conformar los nudos metafóricos de este *pensar iluminado*?, ¿en qué poema señalaba el lugar de la poesía en un mundo como el nuestro?, ¿daría a publicación la entrevista de 1992 que no encontró asidero alguno? Sabía de antemano que hacer una selección fracturaría la continuidad de una vida, lo cierto es que no hay espacio para contenerla en su complejidad. Con esta certeza, frágil desde su nacer, opté por tres calas: un poema, un ensayo y una entrevista, he aquí su esbozo.

Un poema

El corazón transfigurado (1949) fue dado a conocer en la primera separata de la revista *América*, de la Secretaría de Educación Pública, que dirigían Efrén Hernández y Marco Antonio Millán. La crítica señala que por las características de su estructura formal es un poema de largo aliento, aludiendo, supongo, al número de estrofas ininterrumpidas que se inserta en un juego muy particular de verso libre. Cabe resaltar cómo el imaginario poético que se desarrolla se inserta en la tradición clásica y contemporánea a través de múltiples temáticas, menciono algunas: el corazón como sede del pensamiento; el poeta como “pájaro de Dios” o “pájaro roto caído del cielo” propio de la tradición bíblica; el rastro de lo perdido como “la música de esferas afianzadas/ en el dolido corazón del hombre” de clara influencia pitagórica; la paradoja dual de la inmovilidad-movilidad explorada por *Los Contemporáneos* a través

del viaje interior, y que en Castro adquiere el matiz de un venturar que es un retorno y un desprendimiento del origen; la voz del ángel trastocado cuyas alas son “ceniza que se desprende”, propuesta que recuerda al primer canto de *Altazor* de Huidobro; el estado onírico más allá de la duermevela donde se asiste a una visión prismática de la temporalidad, ruptura del devenir en su trazo lineal que nos sumerge en un silencio “sembrador de espumas”; y por supuesto, reverbera el eco del corazón alumbrado de San Agustín, con todas las complejidades implicadas en su mención, desde el tiempo memorioso hasta la confesión como transición escritural.

Lo sorprendente de este poemario, siendo el primero publicado, es su cumplimiento cobijado tras la luminosidad, misma que será señal de los derroteros por los cuales habrá de transitar su itinerario poético; por otro, es la limpidez inusitada en su expresión que se apuntala en una construcción de gran complejidad que no se aprecia en una lectura inicial. Asimismo, hay un arrojo propio de quien decide cruzar un dintel, considérense los siguientes versos: “Mi corazón espejo caído de la noche/ es costilla de Adán iluminada;/ ha encontrado el lugar de su costado/ y espiga los sentidos en raíz de tu nombre”. Trato con estos breves apuntes de decir que Castro desde un principio ha tenido claro que toda poética en tanto *poiesis* es una forma de estar en el mundo, con los otros, con aquellos que son sus próximos y sus semejantes, a pesar de las diferencias.

EL CORAZÓN TRANSFIGURADO

Es tiempo de las sombras,
de las bocas que caen ávidamente
en los pájaros, ojos de los hombres;
sobre los hombres, pájaros de Dios.
Viento menudo, pasajero ciego

al rumor de los árboles, al cielo
abierto inmensamente como un ojo
de Dios, certero y duro:

Yo soy un pobre pájaro dormido
en la tierra de Dios,
bajo sus ojos he perdido las alas
y mi canto es el canto de las mutilaciones.
Habitó en una casa transitoria,
a la que el viento lleva eternamente
como al silencio mismo,
en un canto desgarrado y profundo.
He quedado tan pobre como el viento
que toma y lleva y abandona todo,
he quedado tan pobre como el eco
bajo los cuatro muros apagado.
Ha gastado la lluvia mis angulosos bordes,
mis huesos han bebido de las constelaciones
habito como musgo en las manos del tiempo
y siento mi ceniza que se desprende y cae.

Soy un pájaro roto que cayera del cielo
en un molde de barro;
soy el juego de un niño;
apenas soplo, lodo y su saliva;
soy el barro que guarda
este pájaro herido en la caída;
soy el caído pájaro que canta
en su dolor y en sus limitaciones;
soy todo lo que vuela, la ceniza,
el muro, el viento, el pájaro, el olvido.

Hundido, por inasible viento de sus manos
hiriendo en las entrañas del vacío,
en el principio el verbo.
Arranca la dolorosa flor de sus creaturas,
en el principio el verbo,
su corazón el mar, y herida
de su corazón el cielo.
El tiempo y el espacio balando su belleza,
la música de esferas afianzada
en el dolido corazón del hombre,
que es su vida la música de un viento,
las sombras desgarradas bajo su voz alienta
que le dio la envoltura
de su mortal figura,
en el principio el verbo.

El aire lame mis heridos huesos
como enorme animal enloquecido;
el cielo, espada azul sobre mis ojos;
penetra desmembrado y fugitivo.
Mis manos se hundirán en el silencio
y he de caer filtrada
en el íntimo torso de las aguas.
Porque el silencio es sembrador de espuma
sobre el haz de las cosas;
en su pausada siesta, mis oídos
florecerán hundidos,
y ya pronto,
tórtola abandonada al corazón,
dando pequeños saltos de ceniza
en su gris perecer, doblando el cuello,

ha de saltar eternamente siervo
sobre la yerba humilde.

Porque el silencio es sembrador de espuma
sobre el haz de las cosas,
hemos de fermentar en el silencio;
y ya mis ojos, desolados ciervos,
también del corazón irán huyendo
con el espacio por hermano ciego.

El tiempo niño de la voz de vuelo
tomó mi cuerpo, trompo de ceniza,
sobre sus muslos, ríos escapándose
junto a mi fe burlada.
Más allá de la duda,
quedó mi corazón en voz de queda
afianzado en el aire, sordo y mudo,
con sordera de mar que apenas grita,
con sordera
de fugaz condición perecedera,
sonidos deslenguados
que le han dado a mi cuerpo
el visionario amor y la ternura ciega
del tiempo niño del afán que rueda.

El tiempo niño de la voz de vuelo
tomó todas las flores de la sangre,

La rosa pisoteada bajo el caballo negro
alzó sus rotos pétalos
y gira con los ojos delirantes

reposada y eterna.
Las cuencas deshojadas de su voz
son pétalos girando eternamente.
Toda la eternidad es la paloma
suspendida de un hilo sin principio
y persigue su sombra
hacia el fondo, escondida
en la rota figura de los cuerpos,
toda la eternidad una paloma.

El tiempo niño de la voz de vuelo
quiso dejar su viento y detenerse,
abandonó mi mano en su carrera.
Ahora, y sin calor, a la distancia,
la manzana veloz de su latido
es una sola y desprendida flor
de una desconsolada primavera.

Un fino viento toca dulcemente
adormecida flauta de los días;
reverdecen los álamos, el viento,
y aquí mi corazón, junto con ellos.

Toda la eternidad una paloma
suspendida de un hilo sin principio,
toda la eternidad ya no le basta
al corazón para su inútil vuelo,
ya no mide los muros
si es para limitar sus esperanzas.

Una estrella que llora su soledad de espejo,
un puñado de plumas temblorosas,

así mi corazón, el viento llega
a dormir por las noches en su cuenca.
Mi corazón espejo caído de la noche
es costilla de Adán iluminada;
ha encontrado el lugar de su costado
y espiga los sentidos en raíz de tu nombre.

Toda mi eternidad aposentada
y el hueco de tus venas mi aposento.

Toda la eternidad en el pequeño
ademán de tu paso;
la fruta de tu voz es mi alimento
y toda mi figura desgarrada
es rota flor, abierta primavera
que en la tierra angustiosa de tu nombre
bebe desde sus hojas una lluvia de fuego.

Toda mi eternidad aposentada
y el hueco de tus venas mi aposento.

Porque el amor es el dolor del viento,
todo un viento de llanto se me ahoga
en ardoroso grito;
porque el amor es el cantar del viento
que en un desorbitado remolino
muestra su corazón de polvo y fuego;
porque mi corazón es el sendero
herido de tu paso
que florece en el fuego de tu viento,
y mi canto tu aliento que florece
en un regocijado remolino de fuego.

En un viento de vides se deshoja
la soledad de todos los caminos
este sueño es un sueño desprendido
con raíz de humildad
y fuerza de árbol vivo,
y este sueño es la sombra que se muere
con la primera estrella matutina.

Un ensayo

“Dimensión de la lengua en su función creativa, emotiva y esencial” fue publicado por primera vez en la *Revista Mexicana de Pedagogía* (1989); y posteriormente en *Obras completas* a cargo del Instituto de Cultura de Aguascalientes (1991). Este ensayo de fácil lectura es una apuesta de extrema gravedad; escrito a sabiendas de que el público receptor serían maestros o en vías de formación, Dolores Castro ve ante sí la posibilidad de expresar abiertamente la colindancia de ciertas preocupaciones en torno a lo que para ella es cuestión vital: la creación poética.

Algunas de las ideas principales que se exploran en la primera parte del texto intitulada “Conocimiento” son la función de la poesía para descubrir la realidad y el sueño; el juego poco inocente de la poesía que sobreviene en un conocimiento por añadidura y donde la razón se desdobra en una inteligencia creadora; la relación entre lenguaje y poesía; la distinción y maridaje entre la palabra y la palabra poética, que confluyen en el proceso interno que deriva en el poema.

La segunda parte “Participación de la poesía” es avasalladora, participar en el conocimiento poético provoca “una sólida identidad” donde “la experiencia vital se multiplica” llevándonos a comprender “la esencial experiencia de todos los hombres

que han expresado el mundo interior y exterior a través de la poesía”. Recuperar su enseñanza es retomar el uso de la lengua en sus diversas dimensiones, mismas que son reflejo de lo que nos conforma como seres de palabra, y como bien afirma Dolores Castro, ello es “una aventura sin par”.

DIMENSIÓN DE LA LENGUA EN SU FUNCIÓN CREATIVA,
EMOTIVA Y ESENCIAL

Conocimiento

En los límites de la vida humana determinados por el espacio y por el tiempo, la poesía abre una ventana desde donde ilumina las limitaciones nuestras, pero también descubre nuevos espacios habitables, intemporales: esplendores de la realidad, caminos del sueño, vasos comunicantes entre la realidad y el sueño. Al iluminar nuestras limitaciones descubre el inexorable paso del tiempo y la estrechez de nuestros horizontes, pero también alumbrada cada momento y su experiencia insustituible en la conciencia del ser.

En el modo de conocer a través del lenguaje de la poesía, ejercido en la conciencia a través de las palabras, está la experiencia esencial de nombrar, y la de comunicarse. Es por tanto la experiencia más humana del hombre.

Porque como afirma Heidegger, la poesía parece un juego y no lo es, en el juego cada hombre se olvida de sí mismo y en la poesía los hombres se reúnen sobre la base de su existencia poniendo en juego todas las energías y todas las relaciones, ya que la libertad suprema de los poetas para manejar el lenguaje no es arbitraria ni caprichosa sino suprema necesidad.

El conocimiento a través de la poesía es una aventura de la inteligencia, la imaginación y la creatividad. La inteligencia creadora, que nombra e ilumina. Que se lanza a lo desconocido para nombrar

y configurar, porque en la poesía conocer y expresar están íntimamente relacionados. La poesía da nueva vitalidad a las palabras, y esta vitalidad nace de una verdad, de una vivencia fundamental que se relaciona con el pensamiento, y la emoción de todo lo que existe en el mundo, dentro y fuera del hombre. Porque el conocimiento objetivo y el subjetivo son absolutamente interdependientes para el poeta.

En la conciencia existe la vibración esencial de la realidad. Es por esto que Rubén Darío puede decir:

¡Torres de Dios, poetas!
¡Pararrayos celestes que resistís las duras tempestades,
como crestas escuetas,
como picos agrestes,
rompeolas de las eternidades!

Si el lenguaje es para la poesía vehículo para realizar esa aventura del pensamiento emocionado, esa nueva creación del mundo o configurada ordenación a través de las palabras, ¿qué son las palabras para el poeta? Escuchemos lo que dice Pablo Neruda sobre ellas: “¡Amo tanto las palabras!, las inesperadas, las que glotonamente se esperan, se acechan hasta que de pronto caen. ¡Vocablos amados! Brillan como piedras de colores, saltan como platinados peces: son espuma, hilo, metal, rocío...”

Entre los halos luminosos de las palabras, el relampagueo del amor y el entusiasmo y el nivel de cercanía o lejanía del espacio de donde proceden, Neruda se expresa con tal confianza que les confiesa el amor de quien quiere, en su afán por unirse al amado, terminar por devorarlo, y así se liquida el problema: “Las atrapo, las limpio, las pelo, me preparo frente al plato, las siento cristalinas, vibrantes ebúrneas, vegetales, aceitosas como frutas, como ágatas, como aceitunas... y entonces las revuelvo, las agito, me las bebo, las trituro”.

Y al encontrar estos fragmentos y otros del mismo texto de Neruda recordamos las afirmaciones de Cintio Vitier en su ensayo sobre lenguaje figurado. La poesía no es figura sino sustancia; no es ilusión, sino realidad; no es lenguaje indirecto, sino directo, no es eludir, sino afirmar, no es amaneramiento, sino conocimiento. Por todas estas razones la expresión poética es toda una aventura.

Pero continuemos con Neruda. Una vez que cumplió hasta el fin con su amor antropofágico por la palabra, ¿qué hace?: “Las liberto, las dejo como estalactitas en mi poema, como pedacitos de madera bruñida, como carbón, como restos de naufragio, regalos de la ola”.

También nos advierte toda la precisión que requiere la poesía: “Todo está en la palabra. Una idea entera se cambia porque una palabra se trasladó de sitio, o porque otra se sentó como una reinita dentro de una frase que no la esperaba y que la obedeció”.

¿Qué contienen las palabras? Ánforas de experiencia humana las palabras contienen todo lo necesario para expresarnos. Neruda dice: “Tienen sombra, transparencia, peso, plumas. Tienen todo lo que se les fue agregando de tanto rodar por el río, de tanto transmigrar de patria, de tanto ser raíces. Son antiquísimas y recientísimas, viven en el fétetro escondido y en la flor apenas comenzada”.

Con estas palabras, con la responsabilidad y la libertad del empleo de estas palabras hemos de expresarnos en la poesía.

Expresarse es pues emplear las palabras en un encuentro consigo mismo. Es dar curso al pensamiento y a la emoción de pensar para que el sentimiento no brote en forma oscura y violenta. Expresarse es configurarse por dentro, y poder contemplar lo que conteníamos una vez que se ha concretado por medio del lenguaje.

Un poema es una configuración del lenguaje que expresa experiencias, vivencias, estados de ánimo y es por esto que el lenguaje con el que se expresa tiene ritmo, vibración, sonido melódico y expresa algo que es del reino de la intuición, de la imaginación. Expre-

sa algo que en su origen es subjetivo y personalísimo, pero por la índole de su verdad se convierte en objetivo y universal.

Un ejemplo claro podría ser este poema de Jorge Luis Borges: “Manuscrito hallado en un libro de Joseph Conrad”:

En las trémulas tierras que exhalan el verano,
el día es invisible de puro blanco. El día
es una estría cruel en una celosía,
un fulgor en las costas y una fiebre en el llano.
Pero la antigua noche es honda como un jarro
de agua cóncava. El agua se abre a infinitas huellas,
y en ociosas canoas, de cara a las estrellas,
el hombre mide el vago tiempo con el cigarro.

El humo desdibuja gris las constelaciones remotas,
lo inmediato pierde prehistoria y nombre.
El mundo es unas cuantas imprecisiones.
El río, el primer río. El hombre, el primer hombre.

Tono, ritmo y acentuación nos producen la imagen de un estado de ánimo. La estructura semántica del poema nos da el contenido objetivo que se complementa sólo con los demás elementos acústicos de la expresión que antes mencionamos. Ambos son inseparables tal como el significante y significado de las palabras.

Participación de la poesía

Al leer o al escuchar el poema de Borges, participamos de su experiencia (participar significa hacer que otros tomen parte en lo que tenemos dentro). Si mediante el conocimiento poético se puede lograr una sólida identidad, mediante la lectura de los poemas y la participación en la poesía nuestra experiencia vital se multiplica:

ya no nos movemos en los limitados años de nuestra edad, ni en los estrechos horizontes que la acompañan, sino en la esencial experiencia de todos los hombres que han nombrado y expresado el mundo interior y exterior a través de la poesía. Es así como crecemos en edad y sabiduría, en conciencia y capacidad de expresión esencial.

La expresión como conquista humana es algo que debe recomenzar cada persona, ante el reto de la comunicación, con el mundo, con los demás, o consigo misma; encontramos en este esfuerzo logros en la poesía popular y en la culta. Poesía que nace vinculada con la música y la palabra, poesía para leer en silencio. Pero toda ella, sea expresión sencillísima o muy compleja, proviene de la misma necesidad de comunicación fundamental.

Podemos todos participar en la poesía con las coplas de la poesía popular. Esta por ejemplo:

Mi amor es como el conejo
sentido como el venado
no come zacate viejo
ni tampoco muy trillado
solo zacatito tierno
por la punta serenado.

O destacar alguna metáfora significativa:

Mi novio me dio un pañuelo
con orillas de llorar...

O la sabrosa forma de emplear las palabras casi comiéndoselas:

Anoche estuve soñando
que le di un beso a la luna

y me quedé saboreando,
 como aquel que come tuna
 la boca coloradeando.

O este insólito diálogo entre el mar y el cielo:

El mar canta sus querellas,
 el cielo, al oír sus cuitas
 le decía con frases bellas,
 con palabras exquisitas:
 si tú me das tus estrellas,
 yo te ofrezco mis conchitas.

La participación en la poesía popular puede ser el punto de convergencia, o la puerta de entrada, desde la infancia, y los primeros escritos, al amplio horizonte de la expresión poética, a la poesía culta. Como ejemplo, revisemos algunos textos de niños, de Ángel Aguirre García fragmentos sobre *La noche*, que empieza expresando algo escolar: “La noche llega con la traslación de la tierra sobre su mismo eje...”, pero después agrega: “la noche nadie la puede evitar, puesto que en eso nadie va a intervenir... La noche es sumamente oscura, la noche se ve como si uno la pudiera agarrar... como si pintaran el cielo por su alrededor...”

En este texto encontramos una verdadera lucha por la expresión. La concepción de la noche como algo tan grande que no se encuentra cómo decirla. Comparemos este texto con el de otro niño: “la noche era fría, pero hermosa, su cielo azul con estrellas y su luna brillaba más en el firmamento.” Aquí hay una expresión clara, entusiasta, pero no advertimos que haya luchado por decir eso, es una descripción, no una necesidad de entender la grandeza de la noche y poder traducirla en palabras. Tenemos un tercer poema, de una niña de ocho años, del mismo tema:

Yo quisiera ser como tú, noche
oscura amiga de todos.
Cielo, yo quisiera ir a ti
a ver tu hermoso teatro de estrellas
con tus famosos actores el sol y la luna
yo quisiera ser como tú,
lámpara descompuesta.

Aquí se ve que la autora ya conoce algo sobre la poesía, intuye formas, tiene orden, incluso llama teatro al ámbito donde la noche es y quita a la noche su poder, la domina desde sus ocho años cuando la llama “lámpara descompuesta”. Evaluemos los tres poemas ahora, tal como sugiere Fernando Pessoa:

El poeta superior dice lo que efectivamente siente (el primer niño citado). El poeta inferior dice lo que cree que debe de sentir (la noche era fría pero hermosa, etcétera). El poeta medio dice lo que decide sentir: la noche teatro de estrellas, la noche, lámpara descompuesta.

En la expresión poética la grandeza de la concepción, la lucha y la victoria sobre el lenguaje, la verdad con que se expresó, la atmósfera que se crea, el tono con que se dice han de ser fundamentales tanto para concebir un buen poema, como para aquilatar el poema que otro escribió.

Celestín Freinet afirma que el principal obstáculo para el desarrollo de lo poético está en la escuela, y considera que la poesía es materia fundamental en el mundo de hoy que requiere el empleo de la intuición y de la imaginación para resolver sus principales problemas. Así como el espíritu de lucha y el dinamismo en el pensamiento que impulsará la acción, y la palabra esencial, significativa. Considera que esta obstaculización se da en la falta de inquietudes del maestro que establece una rutina mediante la cual esquematiza y facilita un aprendizaje superficial, restándole así vitalidad y emo-

ción al conocer y coartando la libertad del alumno. Porque por otra parte se limita a enseñar lo que puede ser fácilmente evaluable.

Retomemos la utilización de la lengua en su dimensión creativa, emotiva y esencial. Aventurémonos en la experiencia del conocimiento a través del lenguaje. Que esto, además de proporcionar el gozo de la inteligencia y la emoción que se conjuntan en una aventura sin par, nos dará nuevas vías para conocer el mundo subjetiva y objetivamente y disfrutarlo abriendo ampliamente esa ventana que nos permitirá iluminar nuestras propias limitaciones, adquirir conciencia, tener identidad y ser personas de palabra.

Una entrevista

Poco habré de decir sobre *Dolores Castro o la fidelidad de la palabra*, quisiera hacer algunos señalamientos que quizá precisen su contexto; lo primero que se notará es la carencia de preguntas, hecho por demás inusitado al efectuarse un ejercicio que esencialmente se construye de forma dialógica. Lo que sí recuerdo era la reverberación, era el silencio derramándose en su pura luz, y yo arrobada mirando con el temor de astillar ante el mínimo gesto ese milagro del pensamiento cuando se incendia. Ella se adentraba en esa quietud, las pausas entre una idea y otra semejaban el blanco indicado en un pentagrama donde se deshilvana la arquitectura de las notas. Lo segundo que se advertirá es su brevedad, no puede ser de otra manera cuando se atisba la hondura, cuando se alcanza la transparencia. Tal vez por lo señalado el lector acepte estar frente a una entrevista de inusual limpidez y sea por ello benevolente ante la torpeza de quien ha preferido mantener la fidelidad de la palabra dicha como la forma más alta de expresión humana.

DOLORES CASTRO O LA FIDELIDAD DE LA PALABRA

El día era gris y el viento calaba. La casa se encontraba en un recoveco de la ciudad solapada entre las calles. A la puerta, una higuera con el tronco retorcido, algunas flores desparramadas por el piso. Recordé el primer encuentro en una oficina de gobierno con el ruido de las máquinas de escribir y el barullo de voces; la voz dulce, las manos nudosas, el cabello cano y los ojos, pozos llenos de estrellas; ¿usted es la maestra Dolores Castro?

Ya en su casa pasamos a su biblioteca y tomamos café, hablamos sobre la poesía. Le acababa de editar el Gobierno del Estado de Aguascalientes sus *Obras completas*. Sus palabras me embriagaron de pura luz y salí con el alma quemada por esa música que a ella le nació desde chica. La entrevista que se da a conocer sigue un ritmo propio de quien ofrenda cómo discurre su pensamiento, quizá por eso mi silencio, mi falta de preguntas:

Esa música por dentro me empieza, quizá porque era una niña muy quieta y enfermiza. Cuando llegaba una visita me daban una silla bajita y me ponía a ver por la ventana. Primero contemplé sin una conciencia de querer escribir y la emoción me fue llenando. Como a los siete años tenía una gran necesidad de expresarme. Me puse a dibujar y vi que para eso no servía, hasta que un día descubrí la escritura.

Recuerdo que estaba en segundo año de primaria y me pidieron una composición sobre la primavera. La escribí por esa necesidad y me saqué el primer lugar, pero no por eso pensé que pudiera hacerlo. Otra cosa que influyó en mí fue el hecho de que mi padre era un hombre muy crítico y sarcástico, lo que derivó en que mis poemas fueran irónicos, primero por temor y luego por miedo al ridículo.

Escribir es un testimonio, tenía miedo de dar ese testimonio de mí porque la palabra compromete. Todavía entre los campesinos mexicanos encontré uno que decía: “Yo soy feo como la noche, pero

a mí, mi padre me enseñó a tener palabra. Cuando hago un trato empeño mi palabra y mi palabra es ley”. Si uno no tiene palabra no es. No se puede decir que uno es escritor y que sólo se compromete a la hora de escribir, es necesario ser un hombre de palabra al escribir y al ser. El escritor no sólo tiene que inventar, crear o recrear sino comprometerse con la vida en general. Reconocer un valor es comprometerse y comprometerse no es algo que se parezca a un discurso político.

El poeta es un cobijo de palabras, y sus palabras, su desnudez. La poesía da conocimiento porque se introduce en el instante de contemplación, se mira con una mirada amorosa, con una mirada que comunica a una persona con un objeto o con otra persona desde lo más íntimo y ver desde lo más íntimo es conocer.

La poesía como dice Heidegger: “es una forma de adquirir conciencia”, es una forma de ir desde afuera hacia adentro. De ninguna manera sirve como evasión sino como concentración y eso es también una forma de conocimiento de uno mismo, de otro y de las muchas formas de ver la vida.

El hecho de advertir lo que ocurre dentro y fuera de uno y apropiárselo desde: “el óleo sacramental de nuestros huesos”, como dice Ramón López Velarde, es incorporarlo a la experiencia y a los actos futuros.

Concibo la poesía como una forma de vibrar al mismo tiempo que el lenguaje y de lo que existe, y poder expresarlo. En esta forma de vibrar se presenta la vivencia poética y la expresión poética. La expresión debe ser lo más fiel a la vivencia para dar un mensaje propio.

La vivencia poética se da en los momentos de lucidez donde uno contempla o ve desapasionadamente en el sentido utilitario y ve apasionadamente en el sentido emotivo: algo. Desde la pasión misma se llega a vibrar con lo esencial de ese momento.

La expresión poética no es lo mismo que manejar el lenguaje sino expresarse. Recuerdo a Efrén Hernández que decía: “Hay momentos en que dan ganas de mandar al diablo todo, a la tostada todo o expresarlo”. La expresión es un derramamiento de algo que colma de emoción, por eso debe ser fiel. En cuanto se convierte en algo que sólo tiene que ver exclusivamente con la retórica entonces es como un café frío. Después hay un momento crítico, donde hay que quitar lo que se llama excipiente en medicina, es decir, todo lo que le sobra.

En todo escribir, el lenguaje como herencia. Mi lenguaje es el lenguaje de mi madre y muchas veces hasta me sorprendo usando algún arcaísmo propio de la gente de Zacatecas. Para mi expresión, elijo las palabras de acuerdo a mis emociones más profundas, las palabras únicas y necesarias para hacer un poema. El lenguaje se apropia del poeta en la vivencia poética y el poeta se apropia del lenguaje en el momento de la expresión poética. El poema es un producto de la fidelidad a esa vivencia y vuelve a decir lo que soñamos o vivimos o pudimos entrever y que queda ahí como un testimonio. El poema al encarnar el instante lo hace perdurable y a la vez crea la conciencia de la temporalidad. Quien recrea el instante da cabida al tiempo.

Los poetas no son una raza en extinción. El hombre canta porque le es absolutamente imprescindible. La Poesía no puede desaparecer porque si el lenguaje es lo más humano, la poesía es lo más alto del hombre ya que toma a la palabra en toda su dimensión estética y de imagen, en la precisión necesaria como para que no se pueda decir de otra manera. Como canto y configuración más alta que permite entender con emoción el mundo sin dar cabida al olvido.

Esa visión, que no siempre dura, es la visión poética del instante. Eso no puede desaparecer en un mundo tan caótico y dividido en partículas que pierden significación. Una persona que de pronto puede unir, unirse y ser capaz de comprender el mundo desde la

partícula más pequeña, pero la más arraigada a lo espiritual, desde la concepción de que uno es divino y humano, salva lo humano del hombre, quizá por eso el poeta es un viento.

Reseñas

De *Viento quebrado*²⁵

Hace tiempo Lolita me obsequió *Viento quebrado*, su poesía reunida, el libro me ha acompañado desde entonces, y se me ha vuelto un arcano, leo sus versos que me asaltan y se me adentran en los días. Sus palabras me despiertan en la noche cuando el viento golpea los entresijos de mi casa, acaricio sus páginas y los dedos en sílaba deletrean su resuello; dejo que me escriba su latido desde *El corazón transfigurado* hasta su *Asombraluz* y luego su silencio se me vuelve sitio de la memoria. Van estas notas por lo tanto que me ha dado en la vida el deambular entre sus poemas.

Ajena a lo vano es su poesía, su expresión ceñida y justa nace del cuerpo como carnalidad del mundo, ella escribe con todo lo que la habita, desde la entraña hasta *la rama enamorada y muda que danza*. Palabra que se incendia en la aridez de la tierra y en la anunciación de un río que alumbrará con los años su mirada, tregua que abre un claro para entrever su oleaje y su rumor: canta el árbol y el pájaro, la piedra y el polvo del camino, el cielo y el relámpago. Tanto milagro inaugura el peso del poema dentro, ahí donde la sombra ni siquiera es rastro de lo que no se dice por su presencia extrema:

²⁵ Los poemas son tomados de Dolores Castro, *Viento quebrado. Poesía reunida*. México, FCE, 2010. El presente texto apareció por primera vez en *Casa del Tiempo*. vol. V, época IV, núm. 57-58, julio-agosto de 2012, pp. 83-85.

[...] soy el barro que guarda/ este pájaro herido en la caída;/ soy el caído pájaro que canta/ en su dolor y limitaciones;/ soy todo lo que vuela, la ceniza,/ el muro, el viento, el pájaro, el olvido.

La naturaleza silba o la tierra suena: “Traigo la boca llena/ con el eco del mundo”. El poeta nombra, ¿o es nombrado?, acción a través de la cual abre la posibilidad del horizonte que sólo aparece en la certeza del tiempo como don y vértigo, difícil equilibrio entre el arrebató y el devenir de la memoria, pues si algo enseña andar entre el cielo y el infierno es la escritura como grieta que inaugura el juego de lo mismo siendo lo otro.

La ceniza/ tan leve, tan ala, tan nieve,/ ancla del fuego/ testigo del vuelo/ y de la breve órbita/ del volador.

En esta vastedad viven armónicamente los opuestos, se transforman sin fin las señales, los elementos varían entre sí, se deja de ser para seguir siendo, se bordea el sustrato de lo irrepresentable, porque lo vivido es el rastro que se oculta cuando se pronuncia.

Algo traigo en la piel/ —que no pudo lavarme toda el agua/ cuando cayó en el barro de mi cuerpo—/ y apagaré mi sangre lentamente.

De tal paradoja poco se puede replicar, quizá sí arriesgar la intuición de que tal manifestación de rareza es propia de la condición humana y fundamento de su expresión.

Yo ya no soy/ quietud que refleja/ sino afilada/ pregunta sin respuesta.

La falta de contestación apunta la evanescencia como argumento que desdobra el habla del fuego, e inicia con ese despliegue, la sospecha de que el lenguaje de tan caído lleva a la ascensión.

Cómo arden, arden/ mientras van a morir empavesadas/ las palabras./ Leñosas o verdes palabras.// Bajo su toca negra se enjaezan/ con los mil tonos de la lumbre.// Y yo las lanzo a su destino;/ en su rescoldo brillen.

Y la altura es propia de quien puede recorrer la verticalidad, en tanto que su mirada no es meramente el registro que palpa, sino lo que propicia el alertar de los sentidos interiores, que una vez despiertos, habrán de anudar la poesía-el poema-el poeta en cada letra a través de la cual aborden el recorrido por la escala de lo irreductible: de la raíz a la rama y de la hoja al polvo:

Al contemplar un árbol el ramaje de su infancia/ reverdece/ y recuerda que de niña escaló el árbol y al levantar los ojos/ casi cae ante el temor del cielo profundo.

Poética no del vacío ni de lo lleno sino del resplandor que hiere de un tajo. Cada trino es un deslumbramiento, dirá *Sé que la oscuridad es un deslumbramiento*, residuo de que alguna vez el paraíso no fue imagen derruida en el sueño de Adán ni silogismo roto en la imagen y semejanza de lo disímil.

Mi corazón espejo caído de la noche/ es costilla de Adán iluminada.

A ella se le quiebra el viento o el viento la ha quebrado, ¿de qué otra manera tantear un silencio que cruza el dintel entre la vida y la muerte? Misterio. Instante. Tiempo de todos los tiempos... [...] *antigua noche de los siglos*.

Suspensión de sentido para abrazar la polifonía del significado, rastro de un inicio del que nada sabemos, pero cuyo echar en falta acusa su simbolismo, ¿ley de correspondencias o eje de la identidad? Reverberación que es señal de un despliegue primario

donde no importa la polaridad de arriba o abajo, de antes o después, sino la anchura donde el sentido estalla en la plurivocidad de los signos.

Somos el accidente:/ el equilibrio/ de una garza en el viento./ Somos el viento.

La experiencia poética constata que en lo cotidiano concurre lo maravilloso y el asombro que provoca es una experiencia vital más allá de lo fundacional.

No es el amor el vuelo.// Es lo que va despacio/ de oriente agua a norte viento/ y fuego, y tierra,/ y flor.// Es el estrecho abrazo/ bajo la misma manta/ que producen los días.

El ocurrir es un pronunciar que abre la realidad, las palabras nombran y el mundo existe, expresión que declara y que al manifestarse se repliega en su ocultación: el silencio no es meramente el anverso de la palabra o su médula o la sombra de lo ido, no es un callarse por no saber lo que es lo indecible, ni es el refugio de lo indomable.

¿Qué es lo vivido/ en qué poro ha quedado/ o en qué ráfaga?

Centro y periferia conforman la encrucijada que se formula en enigma, semilla estéril o el poema como destino que a ras de tierra deletrea la profundidad que habita entre el pecho y la espalda o que afirma su traza.

Es el mar/ que regresa después de huir mil veces. Son los días y su paso de langosta/ que devora el silencio.

La poesía es receptáculo de la fuerza primaria, de la *physis*, del espejo que reverbera imágenes en su acontecer, es raíz y sustento, lengua florida cuya depuración la vuelve cuchilla que corta la realidad para mostrar su interior.

Traigo la boca llena/ con el eco del mundo/ que llega/ con su piel de oveja,/ que se amansa y entra,/ que dentro se acuesta/ para crecer,/ hasta quebrantar mi pequeñez.

Nudo que aprieta su dentro y que a veces es quebranto y otras vuelo. ¿Dónde la palabra, la exacta, la justa, la que vela desvelándose?, ¿en el fondo de ese anudar que apresa lo vivido en su lazo de vida-amor-muerte? La palabra en su más alta cala responde a esas preguntas que ni siquiera se balbucean porque son un sentir que da certeza de pertenencia, un lugar, una ventana donde acodarse para ver pasar el insomnio o las horas que arrecian para confirmar la dimensión en el diario vivir.

[...] este es mi hijo,/ y estos sus dos ojos,/ donde la noche sale.

La espontaneidad de su expresión es comunión con lo otro, ejercicio de libertad que se afirma en el vínculo emotivo, sabiduría de lo profundo pues lo que enlaza, aparta. No hay juntura fallida, sino medida, equidistancia precisa entre el silencio y la herida del cual emerge lo no dicho por demasía.

Lo que veo ya no cabe/ entre el párpado y el lagrimal.// Desorbitada asisto.// Voy calculando los rigurosos pasos/ sobre un alambre.// El parpadeo conduce al abismo

Nostalgia como huella primordial que arremete contra la geometría falaz de una razón extraviada en su espejismo, y que afirma

la legitimidad de la conmoción como forma de acercamiento al instante que pasa, a lo irrecuperable.

Fluir, volverse ajeno/ sin arrojarse al mar de cada instante y poseerlo/ en su profundidad./ Refugiarse en el parpadeo/ y para huir del horror,/ no mirar.// Solo el mar vuelve una y otra vez.// Fluir es no volverse,/ no ser siquiera estatua de sal.

La tarde, la higuera, el mundo..., testigos mudos y referencias que configuran la historia vivida, el tiempo personal, la luz y el asombro que produce su roce sobre los objetos que asisten y perduran más allá de la muerte, en una sujeción impropia de lo inanimado que acierta a desbocar la rabia de quien ha perdido lo amado y lo reencuentra en la palabra que se pronuncia en verso “Lejos de ti/ ¿podría quedar algún/ consuelo?”; o en el verso que es sedal “Hilos en el telar/ de las raíces/ de mis generaciones”. Sea al final del recuento todo luz, la que atraviesa las ventanas, la que inaugura el día, la que abre el palpito del corazón que una vez transfigurado encuentra *La luz de conocer y amar/ en una sola luz*.

Algo le duele al aire, Dolores Castro²⁶

Esto que escribo lo hago a meses de que Dolores Castro cumpla 90 años, podría referir la manera extraordinaria como la conocí, en una fila en una oficina gubernamental, o de las horas que generosamente me regaló para que le realizara una entrevista que apareció en el *Periódico de Poesía* cuando aún era una edición en papel y de la higuera de su casa y de tantas otras cosas más, pero quisiera dejar de lado lo anecdótico y centrarme en este libro que menciono en el título, poemario que sorprende en su expresión por el alcance visionario de su forma, pues ella no escribe para el lector actual sino para el aquel que conformará “al lector de siempre”; y por la tensión de uno de los campos metafóricos que ha ido desarrollando a lo largo de los años bajo el nudo del viento.

Desconcierta *Algo le duele al aire*, no puede ser de otro modo cuando es el testimonio de una desgarradura que va más allá de un mero desasosiego. Sorprende el vértigo de la denuncia, que no por lejana al grito, es incapaz de recoger el registro cotidiano del dolor que arrastra consigo hasta lo que se esconde por la inusitada exacerbación que produce. Plantea entre sus versos el terrible problema de la violencia que se manifiesta en la acción humana, donde se declara un vínculo antiguo de dominio, una esfera donde

²⁶ El presente texto toma los poemas del libro de Dolores Castro, *Algo le duele al aire*. México, Ediciones del Lirio, 2011.

lo sagrado y lo profano delimitan la posibilidad de su contacto a sabiendas de la quemadura que habrá de portar consigo su roce. Rotas las formas de trato y agravada la sed inmemorial, la furia anda suelta y el aire da cuenta de su paso.

Quizá sea su poema más logrado en cuanto al equilibrio entre forma y contenido. Recuerda su escritura, de primera instancia, la discusión tan vilipendiada sobre el compromiso social de la poesía, que señala a su vez la herida antigua resultante de la confrontación entre ética y estética. No obstante, ello no es la cuestión a evidenciar, sino cómo la voz del poeta afianza el sentimiento de religación como vínculo primario de toda comunidad, compromiso de corresponsabilidad, pues la libertad es tanto mayor en cuanto se ejercita en la aceptación de la otredad.

Mi memoria no deja de asociar el tono de *Algo le duele al aire* con el libro de Miguel Hernández *El hombre acecha* donde la guerra lleva al hombre a convertirse en un animal. Atestiguamos, como dijo en su momento Octavio Paz, la maldición de vivir tiempos interesantes..., la denuncia no obstante, porta consigo la simiente de una esperanza ineludible. En la última estrofa del poema “El hambre” de Hernández se leen estos versos: “Ayudadme a ser hombre: no me dejéis ser fiera/ hambrienta, encarnizada, sitiada eternamente”. En Dolores leo en “La sangre derramada” los siguientes:

Al borde del camino
lo encontramos
el mismo pantalón, la blusa blanca:
sobre su espalda
amapola de sangre.

Cuando la sangre se derrama no hay agua que limpie su caída, ni tiempo que sane su mancha, se porta en estigma de lo

impar y de lo injusto, en aullido ronco que se ahoga en la falsa culminación de la tragedia y que se encumbra entre “las altas frondas/ de los árboles altos”. El aire, “de cuanto él se duele/ algo me duele a mí, /algo me duele”. La correspondencia entre el aire-soplo-inhalación-ruaj-alma-aliento-respiración, va más allá de una mera analogía de términos, es una constante, un nódulo poético cuyos hilos se anudan bajo la manifestación del viento como red metafórica. No hay que olvidar que su obra poética aparece en 2011 bajo el sello del Fondo de Cultura Económica con el título *Viento quebrado*. Claro indicio de su alcance es la primera estrofa del poema “En el aire un perfume” donde se trata de mostrar la infinitud de su cauda:

Abre con gentileza
 el aire
 su gran cauda de aroma:
 toma de aquí el suspiro
 de la yerba
 que florece,
 del retoño
 en las ramas,
 y el verdor.

El viento se transmuta en aire y en agua, uno y otro elemento, adquieren la cualidad diversa de su naturaleza, sólo así es posible hacer sentir la fuerza de la desmesura. Así, el caudal de la miseria expresada en la sed se trastoca en la lluvia cruenta que desborda los ríos y los canales, arreciando en tormenta que culmina en el hedor de las aguas negras. Se declara el estado de sitio: “Tras el terror la certidumbre:/ hoy en el ahogo transitamos,/ en el ahogo desaparecemos,/ en el hedor se hundan nuestras vidas./ Esto le duele al aire,/ le duele al agua/ cristalina”. Reverbera la tradición de *Muerte*

sin fin: y sólo ya, sobre las grandes aguas,/ flota el Espíritu de Dios que gime/ con un llanto más llanto aún que el llanto/”.²⁷

Gime el agua y gime el aire, ¿qué levantan tras de sí?, ¿qué horror contamina su limpidez?, ¿no es sabido que su paso todo lo lleva hasta la mácula que afirma la desolación del hombre caído en su miseria? Pareciera que hay un mayor tajo que el desamparo por el que trazan su andanza, y el poeta da testimonio de la mordedura que imprime la fatalidad: “Llaman de gracia al tiro/ que enmudeció su boca,/ ahogó su amor/ y me dejó baldada”. La estadía final es el bramido, aúlla el mundo porque: “Él era como yo,/ pero conmigo/ fue rabioso animal”.²⁸ Y más adelante define, “[...] fue relámpago dentro de mi cuerpo,/ trueno, ola al reventar.” El mundo ni siquiera es astilla, la destrucción de la forma en la intermitencia constante del caos muestra el anverso de la luz apaciguadora.

Subyace en este desgarró, cosa difícil de mostrar, la no-palabra, el sin-sentido que riega la marcha inenarrable del mal. Los griegos se consolaban ante la acción de las furias, pero hace mucho que sus huestes dejaron la tierra, aunque siempre prevalezcan bajo el rostro del exterminio y de nombres cuya sola mención hacen temblar al más fiero. La historia se repite como si algún resorte del mecanismo del eterno retorno se hubiera desarticulado e insistiera en repasar el capítulo de Herodes: “Es la danza de la muerte/ con sus giros y pasos/ sorpresivos/ bajo el tartamudeo de la metralla”. Y la voz en ladrado clama, se eleva en quejido y lanza la pregunta “¿Cómo los hombres buenos/ se vuelven malos?”, como si en el preguntar se pudiera abrir el camino al otro en su semejanza, como

²⁷ José Gorostiza, *Muerte sin fin*. México: FCE, 1982, p. 141 (col. Letras Mexicanas).

²⁸ No pude evitar asociar el poema de César Vallejo “Los heraldos negros”: “Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!/ Golpes como del odio de Dios; como si ante ellos,/ la resaca de todo lo sufrido/ se empozara en el alma... Yo no sé!!! Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras/ en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte./ Serán tal vez los potros de bárbaros atilas;/ o los heraldos negros que nos manda la Muerte.”, en <http://www.yachay.com.pe/especiales/vallejo/heraldos.htm>, consulta, 2 de agosto de 2012.

si el llamar a razones fuera la acción propia de un cordura capaz de donar ritmo a lo dislocado, “como si” expresión mítica del quehacer humano que refrenda nuestra condición de ángeles caídos que conocemos, en la acción primaria, el trazo del caer.

Nada escapa al hedor, al paraíso en llamas, a la ceniza de Sodoma y Gomorra, al vórtice de la crueldad, ni el viento queda inmune del humo buscando el cielo, ni los ojos que atestiguan el epítome del crimen, ahí donde la muerte no apacigua el exceso de esta carcajada estridente, que araña y despedaza en el regusto insaciable de la sangre que se derrama en río que no desemboca al mar.

Tiembla el viento
Arrastrado por su fuerza
¿Cómo se detendría a cantar?
Si parece que el aroma murió
Y los cielos cerraron su luz
A la esperanza?

Después la esperanza se descubrirá en la piadosa muerte, en el piadoso sudario que cubre el cuerpo que se transmuta, pero antes la experiencia del dolor atroz, el vía crucis del sacrificio absurdo que no alcanza la simbología de la redención, antes la suerte del desaparecido, la del torturado, la del choque eléctrico...., Dolores da fe de las argucias del poder sombrío que provoca en Dios su llanto más amargo.²⁹ Tanto no saber, como si en las aguas primordiales se revocara la sujeción del odio para hallar la transparencia del amor. Tanto no saber para ser creaturas cuyos ojos son cerrados al caer de la piadosa noche.

²⁹ Recuérdese el poema de Malcolm Lowry, “Muerte de un oaxaqueño”, *Poemas*. Madrid, Visor, 1995 (col. Visor de Poesía).

¿Estoy soñando?
Es preciso no caer, y
Desciendo, desciendo,
Hasta donde ya no puedo descender.

La muerte es semilla, protege en su lecho, arropa, y en su entraña mezcla el cieno y la flor hasta volverse polvo arrastrado por el viento para de nuevo ser raíz. Por eso no se acalla el nombre del muerto, por eso roza los labios de los vivos 68, 72, 85... los años fatídicos que cincelan los eslabones del dolor en medio de una historia que sorprende y que se hace a trompicones.

Voz-semilla-viento, paraje intocado que eleva la incandescencia de su sonido para destronar el solfeo del aullido, la violencia desarticula su carrera desenfrenada, no frente a una razón que elabora sus argumentos prístinos, sino frente a la muralla inamovible de la palabra poética: lengua de fuego o amorosa llamada, pues el misterio mayor no es el trastoque de la moral que enaltece la incongruencia del asesinato como bien común, sino el paso del caos al cosmos, eso que lleva a Empédocles a mostrar que la resolución de los contrarios subyace en el combate de las dos fuerzas primarias amor-odio, ¿raíces o fauces?, de una a otra orilla del Ser, el límite deviene en espejo multiforme cuando el sonido de la luz roza el agua.

El mundo ocurre, acontece en equilibrio insospechado cuando la penuria pareciera la más alta expresión de la humanidad, ventolera y tempestad que en remolino arrancan los sueños como si fueran dientes podridos, nada detiene al viento, no está en su naturaleza detenerse, no es posible pedirle que deje la trepidación de la velocidad en aras del cristal de agua calma cuyo fondo reverbera entre el hilado de la sílaba primaria.

El ulular deja como lección el no rendir tributo al olvido y al miedo, a pesar de ser “arrastrados por la fuerza del caos”; a pesar de

que “Soplaba un viento/, un viento que levantaba/ polvo.”; a pesar de “remolinos/ que llevan a los cielos/ el hedor”. El aire es punto de fuga en la sinestesia y personificación de múltiples elementos en la voz del poeta, difícil equilibrio cuando la poesía no es meramente el arma que abre los tiempos al devenir de la historia, sino que hace presente posibilitando la existencia.

Después de la hecatombe, de los sueños desbarrancados, de la fiebre que arrasa en su delirio cualquier acto de sobrevivencia, todo se acomoda, el polvo vuelve a los entresijos de las ventanas, se acoda en las hojas de los libros, en los estantes y las esquinas... el aire se aquieta, respira, entrelaza la pausa y el silencio fundamental con la letra. El aire está hecho para cantar, no para dolerse. Pesa el mundo, el aire-luz al roce del agua silba en relámpago emulando el tránsito del silbo vulnerado,³⁰ hace gravitar a quien lo escucha, lo regresa a su centro, al claro del cual Hölderlin, bajo el pseudónimo de Scardanelli, refiere como el lugar donde los campos se muestran en todo su esplendor.³¹ Dice Sciacca: “Toda palabra resucita en el silencio [...] El silencio aísla pero a la vez es el conductor más eficaz pues lleva a que el rayo se deslice en su fondo”.³²

El hombre es su lenguaje y el lenguaje está destinado a ser fracturado una y otra vez como parte de su complejísima

³⁰ Hago alusión al poemario de Miguel Hernández. *El silbo vulnerado* (1934), cuyo título está a su vez inspirado en la metáfora de “el silbo” de San Juan de la Cruz. Véase acerca del tema, José Antonio Serrano Segura, “La obra poética de Miguel Hernández”, en http://jaserrano.nom.es/mhdez/index.htm#_4. El_silbo_vulnerado_(1934), consulta realizada el 2 de agosto del 2012.

³¹ Por estos días que escribo, he leído lo que a continuación cito y que no dejo de relacionar con este libro de Dolores Castro, donde confirmo que la poesía en su expresión más alta es un ritmo que transparente al mundo: “Cuenta Bettina von Armim que cuando la princesa von Homburg regaló un piano a Hölderlin, éste cortó casi todas las cuerdas, mas dejó algunas, y sobre ellas improvisaba. Así son los *Poemas de la locura*. Quizá nadie haya visto nunca de forma tan transparente. Es la Noche Sagrada.”, en “Nota preliminar”, Friedrich Hölderlin. *Poemas de la locura precedidos de algunos testimonios de sus contemporáneos sobre los «años oscuros» del poeta*. Traducción y notas de Txaro Santoro y José María Álvarez. Edición bilingüe, 3a. ed. Madrid: Hiperión, 1982, en <http://www.alexandrocasaes.com/teoria/teoria/FriedrichHolderlin.pdf>, consulta realizada el 2 de agosto del 2012. También de este libro es el verso citado del poema “El verano”.

³² Michele Federico Sciacca. “Silencio y palabra”, *El silencio y la palabra. Cómo se vence en Waterloo*. Barcelona, Luis Miracle, 1961, pp. 130.

subsistencia y esa es una lección que incluso el rostro más indomable no debe olvidar en el ejercicio de su falso poder. Todo cuchillo, tarde que temprano, habrá de caer de la mano que lo empuña; así como todo grito habrá de elevarse en canto.

La poesía en su expresión más alta es un ritmo que transparente al mundo y el poeta es quien se deja atravesar por su torbellino. Dolores, Lolita, humildemente como firma Scardanelli, aún es capaz de ofrendarse para ser cruzada por el viento y refrendar así el pacto existente entre el hombre y la palabra: el lenguaje como morada y como creación de sentido que desarticula el demencial arrebato de la violencia.

Dolores, querida Dolores, Lolita³³

Me piden que te escriba, y yo no sé cómo empezar a desgranar el río de lo vivido. No quiero hacer un recuento de mi desmemoria ni una borrasca del silencio. Hay cosas que permanecen, eso a lo que aludes tras la pregunta: *¿Qué es lo vivido/ en qué poro ha quedado/ o en qué ráfaga?*, eso que aventuro será lo memorable; por ejemplo, la primera vez que escuché un verso tuyo fue en voz de Gustavo, tu hijo, fue tan relámpago que olvidé sus palabras, pero siempre me acompañó su sonido... Después el azar o el destino hizo que nos conociéramos en una lastimosa fila para realizar algún trámite infortunado, pero la tribulación se desvaneció al escuchar tu nombre, entonces la luz de la tarde se volvió asombrosa, como asombrosos han sido los encuentros a lo largo de los años, las conversaciones, el sosiego y la profundidad de tu mirada en señal de la distancia al horizonte, la disolución del equívoco y del acierto, porque en la poesía lo no visto rebasa la suposición de lo razonable y la palabra libera su vastedad.

Las charlas tuvieron, como inicio, la excusa del ejercicio de la entrevista. Contigo aprendí que la fidelidad al hecho es una construcción compartida, la evocación permitió el recorrido por

³³ Presentación del libro *Dolores Castro 90 años. Palabra y tiempo* (coord. Carlos Pineda). México: Ediciones del Lirio, Universidad Autónoma de Aguascalientes, Benemérita Universidad Autónoma de Puebla e Instituto Zacatecano de Cultura "Ramón López Velarde"; organizada por la Coordinación Nacional de Literatura del INBA en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, martes 11 de febrero de 2014.

tu infancia, tus amistades, tus lecturas, tu familia... La transparencia con la que me ibas llevando de Zacatecas a Aguascalientes, a la ciudad de México, a Mascarones, a Chiapas, a España, al nacimiento de tus hijos, al 68..., todo ello me hace suponer que quizá lo que vivimos fue uno de los más altos rasgos de nuestra condición humana: “Ser uno con el otro a través del mirar y escuchar”. Supe desde entonces, que tú y tu poesía, me acompañarían a través de los días, y he asistido al privilegio de tu voz, roce de pájaros y de árboles, donde muchos hallan resguardo.

Quisiera que el olvido no borrara ni lo prescindible, pero el todo no cabe en las palabras, aunque en un instante, bien lo sabes, quepa el cumplimiento de la presencia. Conversar contigo ha sido un asidero en el remolino que significa vivir, ¿recuerdas el verso de San Juan de la Cruz *Mi Amado las Montañas*? ¿Cómo no mencionar nuestras discusiones sobre la creación y el acto poético o sobre la gestación del poema?, ¿o las tardes donde leías para mí a Miguel Hernández, José Carlos Becerra o me comentabas algún ensayo de Alfonso Reyes?, ¿sería así como impartirías tus talleres y clases? Sin duda, muchos han sido los que formaste en la Sogem, en la Escuela de Periodismo Carlos Septién y tantos más en los estados. Tus palabras han sido semillero y resonancia en múltiples generaciones, sea en la docencia, en los medios como la radio o la prensa, o en los foros de cultura.

Obligado es referir tu amistad con Rosario Castellanos, Jaime Sabines, Queta Ochoa, Raúl Renán, Rubén Bonifaz Nuño, entre tantísimos otros, o tu participación en “el grupo de los ocho”, pero en ese repaso de nombres que iban surgiendo en nuestras tardes, había otros hechos que narrabas y que dejaron huella en mí, como cuando me hablabas de la tierra pedregosa del norte, o del silbido del viento, o lo agreste del polvo de la sierra; del amor de tu padre al conocimiento, o del vértigo que te provocaba el cielo abierto, del color de los maizales, o del miedo que perduró años después de

terminada la Revolución, años de miseria que pasaron inadvertidos para la mención histórica, pero que permanecieron en lo mínimo de los hábitos, en el nerviosismo del hambre, y en la esperanza ante la pérdida y ante lo hallado.

En esa filigrana de horas compartidas, quizá lo que más me conmovía era tu alegría por vivir, la que te llevó a Navachiste con tal de contemplar la luna sobre el mar y a Huajuapán de León por las nubes sobre la sierra de Oaxaca... La forma como te sueltas para ser raíz al aire es una de las expresiones de mayor generosidad que he testimoniado, y tu risa, esa cascada de luz, da altozano incluso al corazón más azulado.

Con cada verso inauguras el mundo, y para quien tenga la oportunidad de escucharte, habrá de valorar la sencillez con la que te vives, misma que te permite trazar un eje inconfundible entre tu sentido de lo justo y tu expresión poética que es una cala en los tiempos.

Tu poesía me ocurre y me obliga a volver a ella de manera reiterada, morada suya a manera de libro son *Obra completa* publicada por el Instituto de Cultura de Aguascalientes, *Viento quebrado* por el Fondo de Cultura Económica, *Algo le duele al aire* por Ediciones del Lirio o *Sombra domesticada* por Parentalia y otros que escapan a este torpe recuento.

En breve, tu poesía custodia mi sueño e invoca mi despertar; sus versos me asaltan y se me adentran en los días; los dedos en sílaba deletrean el resuello de sus páginas, donde habita lo que por demasía algunos callan, y otros como tú, dan fe de su prodigio; inevitablemente dejo que me escriba su latido, y luego, su silencio, sitial donde la penumbra no tiene cabida.

Diría que mi andar entre tus poemas obedece al azoro que me provoca su palabra inédita como el tremolar de las alas en su punto de detención: fulgor. Poesía del asombro y de la hondura, que afinca su opulencia en lo cotidiano, atisbo de quien tiene los

ojos arrebatados por la vida y que registra lo pequeño como rostro de lo sublime: ahí donde pareciera que el polvo ni siquiera repara, detrás de alba que se desliza, el resplandor derrama su hallazgo.

Acaricio tus poemas, su *rayo que no cesa* —como bien escribe Miguel Hernández—, su expresión ceñida, casi lacerante en su evocación al aire-viento-ruaj de cuyo sueño todo proviene, y el hombre que todo anhela —como bien sabes—, suspira por un cielo no pronunciado por labios irredentos aunque sí rozado por el sosiego de la noche, en los ojos negros del futuro que se amamanta. ¿De qué está hecho lo vivido sino es de la memoria que todo lo va desperdigando en su benevolencia?, simiente y nomenclatura de lo que se escribe en la pluralidad del mundo, que en altísimo recogimiento, ampara lo que regala la luz y lo oscuro.

La poesía nace lo que “cambiando reposa”, como bien sentencia Heráclito, paradoja sobre la cual todo gravita y cuyo nudo imanta la condición de nuestro ser. Sé que la poesía de Dolores constata dicha experiencia de frontera, también sé de cierto que es una celebración, un canto a la gratuidad y al escandaloso resurgir del palpito, un rumor atestiguado en el temblor que alumbraba el camino trazado entre *El corazón transfigurado* a *La sombra domesticada*.

Correspondencia

Cartas y poemas

No acierto a recomponer la historia con fidelidad. Confieso que tengo la mala costumbre de no hacer anotaciones, escribir diarios ni mucho menos bitácoras, pero en este forzar mi memoria comprendo la ficcionalidad que la habita. Confirmando una vez más que entre la contundencia del hecho y la capacidad de recordación, hay un quiebre: una fisura necesaria en todo contar. He subtitulado este último apartado de una manera quizá pretenciosa al señalar “cartas” cuando lo que se da al lector son mensajes de correo electrónico, pero sin más, estos son los tiempos que corren.

El primero se encuentra fechado en marzo del 2003 y obedece a una petición mía para alguna revista, no tengo el dato preciso y prefiero evitar el equívoco, se llama “Conversaciones” y reproduzco el correo por la expresión con la cual califica el proceso implicado en todo ayudar a nacer un poema.

En 2005 hubo varios encuentros. En esa época me encontraba escribiendo *Alguna vez el Ciervo*, hablar con Dolores me permitía un espacio donde aclarar ciertos aspectos poéticos del mismo. Ello provocó un cruce de correos que dieron lugar a que más tarde me entregara el poema “Alumbramiento”, que fue publicado en el *Periódico de Poesía* de la UNAM.

En 2008, con motivo de las inundaciones ocurridas en Tabasco y la celebración en 2009 durante el mes de febrero del *Encuentro Iberoamericano de Poesía Carlos Pellicer*, el entonces director editorial

y de literatura del Instituto Estatal de Cultura, Vicente Gómez Montero, me hizo extensiva la invitación para participar en una antología en apoyo a la reconstrucción y que se intituló *De raíz profunda. Cantos iberoamericanos por la tierra*. Dada mi cercanía con ciertos autores tuve el privilegio de servir como puente para ello.

24 de marzo del 2003

Querida Mariana, recibí con alegría tu correo. Siempre quiero comunicarme de algún modo contigo. Te envió el poema que me pides aunque todavía tiene calor del horno:

CONVERSACIONES

Ahí está el mar
y no muy lejos dejamos nuestras huellas
cerca de la palapa donde las mujeres
hablamos, hablamos
sobre la pena de cada día y el penar
sobre el pequeño placer
el ahogo del deseo,
el desahogo del amor
y su volatilidad.

De pronto las palabras dejan huella en la hondura,
alguien confiesa un acto vergonzoso
cínicamente
Un acto
que parece esgrimir como heroico,
y público,
sólo para poderlo
olvidar

Alas y alas se detienen
ante el poderoso,
azulísimo testigo.

Frente a nosotras
el mar.

11 de agosto del 2005

Maestra, me quedo con dos cosas muy adentro, una cuando me dijo que después de estas conversaciones quedaba tan tranquila que dormía con enorme placidez, y la segunda lo referente al bautizo, disculpe mi ignorancia, pero me lo podría repetir, me impresionó mucho la relación entre el bautizo y la apertura hacia la vida, porque en el poemario que le comenté tengo este poema que refiere tal experiencia y me gustaría poner un epígrafe, aunque luego me da un no sé qué la relación tan directa a la tradición judeocristiana, pero ¿acaso podemos borrarla cuando se ha crecido de alguna forma dentro de ella?, un abrazo grande,

Mariana

Bautizarse en la vida
Aferrarse desde adentro
a la avidez exacerbada de respirar
y sostener el vuelo de los labios
en rescate del oriente
Abrazo sutil
de la presencia.

12 de agosto del 2005

Querida Mariana:

En el momento del bautizo el sacerdote pronuncia la palabra *éfetam* y significa 'ábrete a la gracia de Dios'. Como mucho ignoro de la tradición, pero yo todavía voy a misa, luego encontré que esta misma palabra pronunció Cristo al encontrarse con el sordomudo, y le abrió los oídos al sonido del mundo (y de la gracia de Dios) me impresionó más, porque a veces uno va por el mundo como cerrándose absolutamente a todo y todos.

No recuerdo exactamente la cita del Evangelio. Mi primera impresión sobre la palabra fue durante el bautizo de uno de mis 7 hijos y nunca la olvidé. El poema tuyo es muy hermoso. Perdón por no tener a mano lo del Evangelio y otro abrazo.

Dolores Castro

ALUMBRAMIENTO

Más allá de los saltos de tinieblas
a luz
por este río
no siempre navegable,
siempre huidizo y preso
en voluntariosa corriente,
pediríamos
reflejara su paso
con luz
que por venir de las tinieblas
iluminara la poderosa
raigambre de los pies
en la tierra.

Una pequeña luz
contra la corriente
tan poderosa como para borrar
la persistencia de las amadas voces
circundantes.

Un día será como el alumbramiento
de un cambio de piel,
como el viaje del poderoso río
en su ir
y no volver.

7 de agosto del 2008

Querida Mariana:

Mil gracias por ocuparte de enviar mis poemas y proponerme para el *Encuentro Carlos Pellicer*.

Claro que todavía viajo, como propusiste, y me encantaría volver a Tabasco a donde fui ya a uno de esos inolvidables Encuentros. Te agradezco de corazón lo que haces por mí, por Xirau, por Renán y todos los poetas, tus amigos viejitos.

Un abrazo del alma de Dolores Castro

SUEÑO I

Me detuve a escuchar
el pausado y constante sonido
de un oleaje profundo
bajo mar y pleamar.

ajena hacia el ir y venir
de las olas que rompen
la delgada piel de la vejez.

Más allá de la alta marea
cuando se eleva hacia la luna
o de la baja marea
que se aleja,
me soñé feliz,
de todo a todo plena:
dueña de nada.

SUEÑO II

Cuando la luz besa mis párpados
y abro los ojos,
siento que toda la dicha en su caudal me inunda
mientras luz
y dicha
enlazadas, permanecen palpitantes
sobre mi cama.

Así, como un gran árbol
me acogen en sus ramas.
Ellas florecen, yo
en ellas me sumerjo

como en un sueño morado
de jacarandas.

Llega la luz y pasa, todo pasa:

Abro los párpados en su momento
y ellas se posan,
aletean
mientras furtivamente las detengo
entre pecho y espalda.

Celebrar la vida

Conocí a Gustavo Peñalosa a través de un amigo común, Alejandro Toledo, quien me recomendó para entrar a su pequeña editorial, Enkidu Editores, que había conformado con otros amigos: Raúl Berea, Benjamín Barajas y Euriel Hernández, cuya simpatía iluminaba la pequeñísima oficina que entre todos compartíamos. Se ubicaba en la calle de Atlixco en la colonia Condesa, a dos casas de donde vivía una prima mía, con la cual nos cruzábamos al salir a comprar refrescos y cigarros, porque todos fumábamos para vencer el sueño que a veces rondaba tras largas horas corrigiendo planas. Contábamos con la ligereza que da el ser joven, y también, con su entusiasmo.

Lo que aprendí del oficio de editor se lo debo a Gustavo y a su cejo fruncido que se aguzaba más cuando ejercía su mirada infalible sobre una plana para encontrar la errata huidiza. No sé cómo nos hicimos amigos, ni cómo logré vencer su timidez y él la mía, ni cuándo nos volvimos cómplices y aprendimos a decirnos las cosas que sólo se dicen los amigos. Durante esa época jamás me dijo que su madre fuera Dolores Castro, y siempre negaba que escribiera, hasta que un día me regaló un primer libro de poesía *Ruinas del humo*; desconozco si continuó publicando, pero no dudo que haya proseguido silenciosamente acogiendo los versos dentro de sí.

Los años nos llevaron por caminos diversos, pero mantuvimos el contacto siempre platicando de todo esto que conforma la

pequeña historia que somos, lo cotidiano, lo nimio... Su generosidad siempre ha sido apabullante, ahí donde todo el mundo huía al adelgazarse la fila de las personas queridas, él se sostenía como guardián y su voz se erguía faro en esos momentos aciagos.

Del último trance, ambos concluimos que habíamos de celebrar la vida, y por ello, al decirle que quería juntar lo escrito sobre Dolores entusiasmado prometió un prólogo, cuyo resultado, afortunadamente, distaba, en mucho, de lo prometido. Lo que doy a leer, fue sustraído bajo amenaza de enojo terrible y debo decir que el esfuerzo bien valió la pena: es magnífico y reconozco en sus líneas, no sólo el amor entrañable entre madre e hijo, sino el editor y lector extraordinario de poesía, que con los años, como el buen vino, ha ido alcanzando su plenitud.

Celebrando 90 años

Clarice Lispector opinaba que: “Escribir es usar la palabra como carnada, para pescar lo que no es palabra. Cuando esa no-palabra, la entrelínea, muerde la carnada, algo se escribió. Una vez que se pescó la entrelínea, con alivio se puede echar afuera la palabra”.

Una obra poética que empieza con el “tiempo de las sombras” da un primer paso en una oscuridad proyectada, una luz que se adivina o que se desconoce pero que se alcanza a concebir, más allá del ‘Mito de la caverna’, como el escenario de los cuerpos cuya distancia altera la imitación, el reflejo, y muestra esa parte que, oculta y visible al mismo tiempo, podría, en la expresión del deseo esencial del poeta: decir, aun cuando, como dicen algunos lingüistas, lo mentado nunca coincide con lo evocado.

El tiempo es también “de las bocas que caen ávidamente en los pájaros, ojos de los hombres”. La poeta confiesa haber escrito *El corazón transfigurado* impulsada por una gran necesidad de expresión que se tradujo en una especie de “borbotones emotivos”. Pero luego hace una revelación: “Quizá en ese poema está cuanto he querido decir en toda mi obra posterior”. ¿Cómo podría, en 1949, presentir lo que más de 60 años después, en 2013, desearía haber querido decir? O la retrospectión es acaso parte del deseo actual de lo que hubiera pretendido buscar en la escritura. “Ahora que lo releo —dice—, siento que la atmósfera aquella y el tono expresaron mi modo de intuir el origen, el tránsito en el mundo, el dolor y el amor”.

“Mi vida —agrega— tuvo cambios muy importantes, viajes, matrimonio, hijos, trabajo; la verdad más íntima queda en los poemas que pierden la posesión del autor en cuanto se publican. Pertenecen ya a los lectores”. Y añade que “si el destino de los poemas es cambiar de dueño, la poesía en cambio puede pertenecer al autor como su interés principal, su guía y la luz de mayor intensidad en la vida”.

Esta última reflexión nos lleva de regreso al poema que marca su primera experiencia formal con la poesía. Y volvemos al tema de “pescar lo que no es palabra”. Más allá de la inspiración literaria reconocible, con los antecedentes del manierismo, un poco Sor Juana, otro tanto San Juan de la Cruz, sin insistir en el acento religioso, está una poética amorosa, de una voz que habita un cuerpo que permanece en el mundo para confirmar, después de casi un siglo, que ese interés principal expresado desde los primeros versos lleva encendida la luz intensa que ilumina cada día. Una voz que no admite el derroche. Una voz que aun en la esfera cotidiana mantiene respeto por las palabras y no las desperdicia ni en la conversación matutina, en que siempre se reinventa con la pasión y los juegos de palabras pronunciadas desde una absoluta seriedad o de una ironía que siempre se queda en el filo, tal vez porque el lenguaje de la elipsis y la silepsis, la reticencia y el quebrantamiento deliberado, alimentan y sustentan esa integridad recta y figurada de ser materia y vuelo.

Esas “bocas que caen ávidamente en los pájaros, ojos de los hombres; sobre los hombres, pájaros de Dios”, sugiere, sin abandonar la oscuridad, una vía de apertura y de multiplicación de planos y espacios, y una conciencia primordial de reciprocidad entre las imágenes del mundo creado, del origen imaginado como en un nido ciego que ampara las primeras bocanadas, el aliento, el aire que nutre las palabras: “Viento menudo, pasajero ciego/ al rumor de los árboles, al cielo/ abierto intensamente como un ojo de Dios,/

certero y duro”. Ese ojo, el de Dios, que mira más allá de las sombras y que por ello, certero, parece duro. Duro como impenetrable o como resistente, íntegro, acaso, pero también persistente e inexorable. Duro frente al fluir de un viento que es “ciego al rumor de los árboles”. Aquí la presencia lopezvelardiana, por la sinestesia que, dicho sea de paso, es una sensación secundaria.

“Yo soy un pobre pájaro dormido/ en la tierra de Dios”. Un ser cuya esencia alada se desactiva por la quietud de estar en tierra, aun sin sueño; “bajo sus ojos he perdido las alas/ y mi canto es el canto de las mutilaciones”. Bajo los ojos de Dios, pero también bajo los propios ojos de pájaro dormido, cautivo dentro de sí, encerrado y en la entonación de un canto a lo perdido (lo pienso ahora como reminiscencia existencialista). “Quise en este poema expresar los orígenes, el dolor y su transfiguración”. Una transfiguración más allá de la realidad viva, una conversión en que se confirma a la palabra como contenido del culto especial, intransferible, que es la poesía como experiencia de interpretación de lo que se vive aun lejos de la conciencia, incluso en el letargo y de cara a la ausencia de vuelo.

“El poema es dintel” —dice—, y “el paisaje está dentro de uno”. Dos afirmaciones con las que podría empezarse a elaborar una poética. Benjamín Barajas ha escrito que en este primer poema de Dolores Castro se advierten las referencias al verbo creador no sólo como fuerza motriz de la vida sino del acto de creación poética. Y añade que “Al verbo creador, a las palabras y al poema que las contiene se habrán de subordinar, en buena medida, el tratamiento de las formas, los temas y las emociones convertidos, merced al trabajo con el lenguaje [...] la palabra se convertirá en un muro contra el vacío, contra el tiempo, contra la soledad, pero también, aparte de ser un instrumento de lucha, la palabra será el sustento del ser y de la vida”.

Este “corazón transfigurado”, en 154 versos, endecasílabos y heptasílabos, distribuidos en 16 estrofas, es un trabajo formal

en que se advierte un compromiso definitivo con algo que podría llamarse una vocación-destino, un anuncio extenso, una declaración. La literatura, dice Ezra Pound, no existe en un vacío. En cuanto tales, los escritores tienen una función social definida, que es exactamente proporcional a su capacidad como escritores. Esta es su principal función. Todas las demás son relativas y provisionales. Esto es lo que quiere decir la expresión arriba citada de ser la poesía para el autor su interés principal, su guía y la luz de mayor intensidad en la vida.

En *El corazón transfigurado*, el canto de las mutilaciones se define como canto desgarrado y profundo, de la habitante de una casa transitoria a la que el viento lleva eternamente, como al silencio mismo, en ese canto que ha quedado tan pobre como el eco bajo los cuatro muros apagado. Un pájaro roto que cayera del cielo en un molde de barro.

El verso endecasílabo impone un tono dramático que se quiebra en seguida al reconocerse como el juego de un niño, el barro que guarda este pájaro herido en la caída. ¿Cómo antes de caer ya lleva el recuerdo de la pérdida? Es la percepción de una naturaleza dual de cuanto existe, que no es una relación de causa y efecto, pero sí de que en el principio late el final, un camino circular que se vuelve a andar siempre como por vez primera.

Y en la siguiente estrofa aparece un verso preponderante: “en el principio el verbo”, que arranca la dolorosa flor de sus creaturas, “su corazón el mar, y herida/ de su corazón el cielo”. Una herida que duele, “espada azul sobre mis ojos”, y aparece el silencio (“sembrador de la espuma sobre el haz de las cosas”) y los ojos irán huyendo en tinieblas.

En los versos de “El tiempo niño de la voz de vuelo/ tomó mi cuerpo, trompo de ceniza,/ sobre sus muslos, ríos escapándose...”, Jorge Asbun encuentra una clara influencia de poetas como José Gorostiza, en nociones como que “el tiempo, que es

muerte, también conlleva algo de fugaz, ya que no es una muerte definitiva sino un tránsito de una vida a otra, y ahí el tiempo niño no es el que todo lo lleva, sino el que pone en pausa a un ser vivo, es decir, el sueño”.

Y “el sueño es la sombra que se muere/ con la primera estrella matutina”. Así concluye este primer poema, del que la autora comenta: “Cada vez que escribo un poema me enfrento al problema de cómo vivir la vida”.

En el siguiente trabajo, *Siete poemas*, cambia radicalmente, deja atrás el tono dramático en la forma, pero conserva los símbolos y se asoma a lo que significa, precisamente, vivir la vida. Ella misma reconoce un cambio en el que se muestra “la relación entre lo que se vive y lo que se escribe. El paisaje está dentro de uno y se señalan los contrastes entre Zacatecas [territorio de la infancia] y las ciudades conocidas”.

En una entrevista con Mariana Bernárdez, explica: “El hilo conductor entre los poemarios es una cosmovisión que se centra en un nudo que se traduce en la antropomorfización del paisaje [...] así, en un poema que escribí en Chiapas: ‘Aquí voy por el río, desconocida, larga...’, descubrí el otro paisaje, distinto al de la piedra apagada, la tierra que no da fruto, las ruinas de Zacatecas”.

El séptimo poema de esta nueva publicación está escrito desde la vigilia, quizá menos ambicioso, parece la contraparte:

Salgo de aquel espacio
 grávido de sonido, de luz y de sentido,
 pero nada recuerdo:
 era en la antigua noche de los siglos.
 Algo traigo en la piel
 —que no pudo lavarme toda el agua
 cuando cayó en el barro de mi cuerpo—
 y apagaré mi sangre lentamente.

Es un tono de transición y, como dice Manuel Andrade, “una propuesta radical contra la grandilocuencia y el barroquismo, desde la introspección y la sugerencia”. Pero en especial en el que cito, el cambio también se percibe en el tema: “Nuevos caminos abrirán nuevos caminos/ y todas nuestras vidas/ unidas en un solo luminoso haz,/ irán por el camino del único sentido./ Ahí recordaré la exacta fórmula de mi estructura/ y sabré de las arcas donde vibran los eternos sonidos/ de la muerte, que ya nunca perseguiré mis noches”, un ánimo poderoso, optimista, como cargado de una fuerza que puede dar un trato de iguales a la “pobre muerte,/ tan antigua, tan niña”. Este tono que me recuerda otra vez a Gorostiza, luego sentencia:

Y morirás de amor,
del mismo amor que apagará la hierba,
y morirás de viento y de tristeza,
cuando fría mi sangre
no transmita a tu cuerpo,
el calor que robamos a la fragua.

La autora declara: “Parto de la ruina como camino de creación para llegar a las palabras. Lo que he escrito después tiene menor angustia porque he podido resolver algunas preguntas y asumir las palabras como llave para entender el mundo. Las ruinas son imágenes de lo sagrado, la metáfora lo roza y su función dentro del poema es conectar la ruina con la palabra. En las ruinas veo la desesperación de lo informe, de lo caído; señalan lo sagrado porque son el propio límite que se construye y que de pronto se cae. Sólo hay algo que no puede caerse: lo que nos da origen y al cual no se llega tan fácilmente, pero se busca develar entre la ruina y la palabra, búsqueda de sentido no reflexionado sino haciendo vivo lo que la palabra encierra, dándole vida a las ruinas; no sólo

reedificándolas sino haciéndolas salir de la tierra misma otra vez, reedificadas y magnificadas para que de alguna manera nos den una seguridad y un lugar.

“La búsqueda de sentido que lleva a reedificar las ruinas a través de la intuición permite comprender la arquitectura dentro de la palabra. Todo lo que el hombre intenta es poner orden, no porque lo ame sino porque lo sitúa. Cuando hablamos ponemos orden, pero el de la poesía es más estricto porque nos da un lugar en el cosmos”.

La tierra está sonando es un poemario más terrestre, escrito en una etapa fértil, después de la procreación, y la zozobra ha cambiado indudablemente de dirección: ahora los muertos son muertos, “Parten el alma/ buscando su rincón para quedarse quietos”. En esta nueva época “el dolor/ no viene de crecer para la muerte”. En el sueño de la piedra “espanta lo que se apaga/ y queda”; el fruto del verano se desprende y “Tan sólo el hueso queda incommovible/ en su abismo cerrado”. El pájaro simbólico, imaginario, se convierte en un ave bajo cuya ala “que tiembla/ esconde su terror/ la cabeza”. La mitología ha dado paso a la historia. Luego de la creación del universo en *El corazón transfigurado*, en “La tierra” se percibe el sonoro movimiento de las especies que han despertado de su sueño de piedra y puede sentirse “cómo al abrir la boca/ pruebo una bocanada/ de misterio”.

En *Cantares de vela* el cambio ha sido radical: “Tiempo habrá para morir/ Ahora, detenida sobre la yerba húmeda,/ con un poco de cielo por mis ojos,/ con el viento tañendo/ esa música lenta,/ doliente entre sus dedos,/ con su corona rota y caída en mi falda,/ y con los pies cansados/ danzando sobre el río,/ y con el río en el hueco de mi mano.// Yo he de dormir al viento./ Su pasajera carne tendrá frío,/ su corazón que huye tendrá miedo.” O este otro poema escrito en Chiapas: “Aquí voy en el río/ desconocida, larga.// Y cabeceo en el viento/ como el toro,/ que en éxtasis levanta/ la llama de

sus ojos,/ brillantes por la sed/ de oscuras aguas...” y de nuevo aparecen las aves, su canto y la vibración del viento, en el poema *Pájaros de los siglos*.

Canta la tierra desde sus raíces,
sube cantando por el tronco
y sacude la fronda
en un latido de humedad.

Por las hojas la luz,
por el tronco la savia
que vibra
como un esqueleto musical.

Pájaros de los siglos
se ahuecan en sus ramas
para no despertar.

El siguiente poemario es igualmente mítico pero más secreto, misterioso, una poesía más sintetizada y conceptual, *Soles*:

Cómo arden, arden
mientras van a morir empavesadas
las palabras.
Leñosas o verdes palabras.

Bajo su toca negra se enjaezan
con los mil tonos de la lumbre.

Y yo las lanzo a su destino;
en su rescoldo brillen.

En “Pozo” vuelve a ser su corazón “el mar, y herida/ de su corazón el cielo”, porque es “un pozo que refleja cielo/ pero es un pozo.// Caen, caen los días,/ caen las noches/ hasta el fondo // Todo se vuelve fondo. // Aun el guijarro que tira la muerte/ se vuelve fondo”. Esta imagen de los días y las noches como hojas de árboles en otoño crea una atmósfera en que el fondo, que es también reflejo, es el principio y el final en la misma estampa, una historia abreviada, contada desde una dimensión absoluta, como una voz en diégesis en un gran escenario.

Mariana Mercenario escribió que *Soles* “es una búsqueda de un lenguaje que pueda poner de manifiesto el problema existencial de la sensibilidad mexicana tradicional. Es la curiosidad estética de mirar desde adentro a nuestro ser de madre y tierra, a nuestro ser de hijos en la orfandad y hombres que han hallado el derecho a cuestionar su propia existencia fuera de fundamentalismos raciales o tribales [...] la poetisa va construyendo su propia imagen simbólica del lenguaje, a través de una dialéctica del distanciamiento y de la apropiación. La distancia es el principio de la lucha con la otredad y la mismidad y, por tanto, es el eje básico de la identidad”.

En este poemario —concluye Mercenario— “la palabra desempeña la expresividad de lo sagrado celeste en la conciencia histórica humana de una civilización que busca su reconquista cotidiana, en la fusión profunda, a la vez, paradójicamente, amorosa y despiadada, de una voz individual y de una experiencia dolorosamente colectiva”.

Vino después, en *Qué es lo vivido*, flor natural en los Juegos de Mazatlán en 1980, una voz distinta: es el mismo vértigo, el viaje a la penumbra: “Puente a la oscuridad/ o la pendiente veloz/ de una sonrisa/ que se apaga”; bajo la misma mirada de un cielo inmensamente abierto el pájaro replegó las alas y con “calor/ en medio de la sombra,/ [un] acomodo/ de creaturas que buscan suavemente/

su modo de dormir/ mientras una ventana/ se va cerrando hacia el
oriente/ y la luz de la tarde/ se unta silenciosa”, sin mutilaciones:

Todo está bien:
no mintieron los rostros de las cosas
sólo sabían brillar
en su secreta forma de caer,
sólo sabían decir:
es así, así es,
mientras acrecentaban su caída
se hacían ovillejo
y en su acomodo hablaban en voz baja
de lo que hubieran querido ser.

“¿En dónde está el sueño/ y el pausado resuello de mi pecho?”. ¿A quién se lanza la pregunta, si todo lo que ardió está en la orilla de la desaparición: “¿cuántas columnas de aire/ que gozaron de peso y consistencia/ en su día?”. Y la respuesta contundente: “Nadie diría hacia dónde y en qué forma” porque en un nuevo cíclico comienzo “Las alas no han nacido. El chasquido de las horas/ estremece las sombras y el descanso./ Las madejas de seda del entorno/ sólo anuncian lo oscuro”. Aparece el sol y los astros invisibles rondan despacio. Y la imagen del corazón de nuevo con su latido agónico de víctima que se niega a la resignación... “y gritar y gritar, gritar por dentro/ hasta romper el techo y las paredes/ y la muralla del pecho [...] ¿En dónde está mi amor?/ Aquí, aquí, en medio del no ahora/ pero sí.// En el mar/ que regresa después de huir mil veces...”. Y de pronto aparece: “Soy yo/ con una caja resonante/ donde guardo preguntas”.

Pero nada parece estar dicho. Sólo la luz que dibuja las formas recónditas y lejanas, la superficie que delimita y aleja incluso lo más próximo: “Todo está cerca, lo tocara/ si pudiera encontrar

el resquicio/ o la rendija que desde mí se abra/ hacia las claridades [...] y la distancia/ crece y busco, trato de encontrar/ la rendija de luz,/ o una piedra al menos/ para sentarme, sólo para sentarme/ a esperar”. Encontrar un límite fuera de lo que fluye dentro, como dijera Pessoa “sin ideal ni esperanza”. Y el ciclo continúa con el poemario de *Las palabras*, que aparecen como “agujeros negros”, y habla de la otra luz, la luz que se diluye, esa que no reta a las sombras ni las oscuridades. Y “No por ser la postrera, menos luz/última luz de la tarde”. Esta sabiduría invernal se expresa en la exactitud lapidaria de cada verso:

Empoza entre las nubes
la experiencia
de calentar el mármol
y traspasar el ámbar.

Di algo antes de huir
instante o siglo.

Tan sólo una palabra de consuelo.

No enmudezcas cercada por el frío
en los umbrales del invierno.

Una luz en duermevela, o una luz que pierde intensidad, “eran fugaces/ ojos/ y piedras dormidas. Era/ uno mismo/ en su lago, su espejo, su espejismo”. ¿Y dónde quedó aquel Dios del ojo duro: fuera y dentro, “la flecha y el ave fija/ que el viento hace girar/ en la veleta”, “Última luz/ pero en la oscuridad/ me quedas tú”. En *Fluir*, otro poemario, “De pronto/ quiebra la luz la línea del horizonte/ y en el aroma de la madreSelva —esa flor con propiedades mágicas—/ solo un recuerdo de la sombra.// Ya eres tú contra todo

viento oscuro:/ ¡Detente, día! Como eco de San Juan de la Cruz: si en esos tus semblantes plateados/ formases de repente/ los ojos deseados/ que tengo en mis entrañas dibujados!// ¡Apártalos, Amado,/ que voy de vuelo!/ Vuélvete, paloma,/ que el ciervo vulnerado/ por el otero asoma/ al aire de tu vuelo, y fresco toma”.

Un aplazamiento de la luz, una voluntad que prolonga la oscuridad por el derrumbamiento de los dones mientras el corazón sediento acecha. *Tornasol*, donde “el mundo pesa” y “La experiencia/ es un grano de sal”.

Hasta aquí mis lecturas, pues la obra es muy extensa y su lectura debe tomar tiempo, atención y una especial apertura del entendimiento y la sensibilidad. En el libro *Dolores Castro, 90 años. Palabra y tiempo* se revisan distintos ángulos de esta trayectoria que no descansa, que sigue, cuidadosa, atesorando secretos. Y remato con un verso que me la pinta de cuerpo entero: “Y si no existe todo lo que veo/ lo que no veo no deja de existir”.

GUSTAVO PEÑALOSA



Dolores Castro: crecer entre ruinas,
de Mariana Bernárdez, se terminó de imprimir en
xxxxxxx de 2015, en los talleres Ediciones del Lirio, S.A. de
C.V., en Azucenas núm. 10, colonia San Juan Xalpa, Iztapalapa,
C.P. 09850, en la ciudad de México. El tiraje consta de mil 500 ejempla-
res. Para su formación se usó la tipografía *Borges*, de Alejandro Lo Celso,
de la Fundidora PampaType. Concepto editorial: Félix Suárez, Hugo Ortíz,
Juan Carlos Cué y Lucero Estrada. Formación de interiores: Gustavo
Peñalosa Castro. Diseño de portada: Claudia Piña Juárez. Cuidado
de la edición: Christian Ordóñez y la autora. Supervisión en
impresión: Rubén Mendieta. Editores responsables: Félix
Suárez y Rubén Mendieta.

